Santiago
la fe que actúa
COMENTARIO
C.P. Ploog

LA EPÍSTOLA DE SANTIAGO

La fe que actúa

C.P. Plooy

ÍNDICE

Prólogo a la edición española (FELiRe)

Prólogo del autor

Introducción

1. Autor
2. Destinatarios
3. Tiempo
4. Forma y estilo
5. Santiago y los Proverbios
6. Santiago y el Sermón del Monte
7. Santiago y la Ley
8. Santiago y Pablo
9. Santiago y Lutero
10. “El Señor”

CAPÍTULO I

1:1 Remitente y destinatario
1:2 – 4 Extraño gozo
1:5 – 8 Orad por sabiduría
1:9 – 12 Pobres y ricos en la congregación
1:13 – 18 No hablar mal de Dios
1:18 ¿Vanguardia o retaguardia?
1:19 – 20 ¡En primer lugar se necesitan oyentes!
1:22 – 27 Sed hacedores de la Palabra, y no tan solo oidores

CAPÍTULO II

2:1 – 13 En la congregación no puede haber acepción de personas
2:14 – 20 Añadid las obras a la fe
2:21 – 24 Abraham es justificado por las obras
2:25 – 26 Rahab fue igualmente justificada por las obras
2:21 y 25 “Con fe, conforme a la voluntad de Dios, y para su gloria”

CAPÍTULO III

3:1 – 18 Que la sabiduría de lo alto domine nuestra lengua

CAPÍTULO IV

4:1 – 10 Dos tipos de deseo
4:11 – 12 No aspiréis muchos a ser jueces
4:13 – 17 Guardaos de una planificación vana

CAPÍTULO V

5:1 – 6 “Ay de vosotros, ricos” (Lc. 6:24)
5:7 – 11 ¡Paciencia, hermanos!
5:12 – 13 Apelación a Dios 5:13
– 18 El poder de la oración 5:19
– 20 Final abierto

Prólogo a la edición española (FELiRe)

El título que hemos elegido para publicar ahora, a petición de muchos de nuestros lectores, dentro de nuestra serie de comentarios sobre la Biblia, es el de la Epístola de Santiago. Les agradecemos la respuesta que han dado a nuestra labor.

Nos imaginamos que estas peticiones proceden de hermanos que intentan mantenerse en pie en medio de una situación violenta: sea la violencia que viene de la sociedad misma, o la violencia que se opone a ella. La práctica de la vida diaria, muchas veces en la más profunda miseria, exige a los creyentes elecciones difíciles como: obedecer a las autoridades, sufrir la opresión del poder, unirse a los rebeldes u obedecer a Dios antes que a los hombres.

Este libro apela a la responsabilidad de los ricos en la iglesia y también muestra a toda la congregación el camino cristiano.
¡Que Dios bendiga esta publicación!

El autor C.P. Plooy (1916-2000) ha servido a varias congregaciones en Holanda como Pastor reformado durante más de 35 años.

También ha enseñado durante cinco años homilética en la Escuela Bíblica Reformada en Zeist, Holanda. Era un predicador inspirado, cuya predicación se caracterizaba por la "sola gracia" y el mensaje de "sólo Cristo".

Las notas (al final de cada capítulo) han sido añadidas por el editor de esta edición española, sobre las que asume toda responsabilidad.

El libro fue escrito originalmente para su propia congregación principalmente. Los que tienen una posición de liderazgo (pastores, ancianos y estudiantes) pueden encontrar más material de estudio en las notas. El motivo para añadir una nota se debe a veces a las diferencias entre las traducciones de la Biblia en holandés, a la cual se refiere el autor, y a la Reina Valera española.

Algunas veces se hace mención de una explicación alternativa, lo cual no necesariamente significa que se deba dar preferencia a la aclaración de la nota.

Las traducciones de la Biblia que se han usado son la versión 1995 de la Reina Valera, y cuando se hace referencia a la Biblia Textual, se trata del Nuevo Testamento de la "Biblia Textual Reina Valera" de la "Sociedad Bíblica Iberoamericana" 1999-2002.

FELiRe

PRÓLOGO DEL AUTOR

¿Estamos en camino de convertirnos en una iglesia como la de Santiago?

Siempre ha habido tendencia a relacionar cierto tipo de iglesia con cierto tipo de apóstol.

Desde muy temprano (en la historia de la iglesia) había cristianos seguidores de Tomás en la India. Y después del cisma de 1054, cuando la Iglesia se dividió en la iglesia oriental y la iglesia occidental, se ha llamado a la iglesia oriental como la iglesia de Juan y a la iglesia occidental como la de Pedro; porque Juan tenía supuestamente rasgos místicos y Pedro un supuesto carácter jurídico.

Así se ha llamado a la iglesia de la Reforma (el año 1517 en adelante) "la iglesia de Pablo", porque la Reforma hacía muchas referencias a las enseñanzas de Pablo, sobre todo a su epístola a los Romanos.

La teología moderna, tan volcada en el tema social, en contra de ciertas estructuras y a favor de la revolución, aboga por una iglesia al estilo de Santiago. Está claro que se siente fuertemente atraída por la idea central de la Epístola de Santiago:"Sed hacedores de la Palabra", y por el llamamiento poderoso de Santiago a "la fe con obras". Como además en esta Epístola sale a relucir una gran controversia entre ricos y pobres, se entiende por qué la Epístola de Santiago hoy día está tan de moda, y por qué se ve a una iglesia como la de Santiago como ideal.

La cuestión es si de esta manera se lee y entiende bien esta Epístola, o si acaso no se pasa por alto que Santiago sobre todo pide que seamos oyentes de la Palabra de Dios; si es que hay efectivamente contradicción entre Pablo y Santiago, como se ha dicho y repetido tantas veces.

De todos modos, ¡no podemos dudar de la actualidad de la epístola de Santiago!

INTRODUCCIÓN

1. AUTOR

No se puede decir con total seguridad quién ha escrito esta epístola. El autor se nos presenta solamente como "Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo" (1:1).

El problema es que en el Nuevo Testamento aparecen varios hombres con este nombre. Por lo tanto hay que elegir entre uno de ellos, aunque no podamos ir más allá que decir cuál nos parece más probable.

Partiendo de la idea de que solamente las epístolas de los apóstoles, con autoridad apostólica, debían estar recogidas en el canon de los escritos del Nuevo Testamento, en la Iglesia primitiva se buscaba al autor en el círculo de los apóstoles. Había dos discípulos de Jesús, que fueron después sus apóstoles, que se llamaban Santiago: el hermano de Juan y el hijo de Alfeo (Mt.10:2-4). Del último no sabemos nada más, pero al primero se le menciona muchas veces junto con Pedro y Juan como testigo principal de destacados acontecimientos. También llega a ser una persona importante en la iglesia de Pentecostés. Pero muy pronto, en el año 44 d.C. es decapitado por orden de Herodes (Hch.12:1,2). Por eso difícilmente ha podido escribir esta epístola, porque del contenido se desprende claramente que no va dirigida a recién convertidos, sino a judíos cristianos que huyeron de Jerusalén después del martirio de Esteban, y que habían sido esparcidos hacia las regiones del norte (Hch. 8:1,4 y 11:19).

Si el autor no ha sido uno de los doce, y sin embargo era lo suficientemente conocido como para poder presentarse sin añadido alguno en el primer versículo de la epístola, nos queda solamente Santiago, el hermano del Señor Jesús (Mr.6:3), que durante años ha sido un hombre con mucha autoridad en la iglesia madre de Jerusalén (Hch.12:17; Gá.1:19). Según Pablo, él era una de las columnas de la congregación (Gá.2:9).

En la asamblea de Jerusalén, descrita en Hechos 15, su palabra es de gran peso e incluso decisiva en la discusión sobre la cuestión de si las antiguas instituciones judías como la circuncisión tenían que imponerse, y en qué medida, a los cristianos de origen gentil. ¡Esta discusión es una prueba de cómo la primera congregación de Jerusalén tuvo presente la imagen de Israel como olivo, y los creyentes como ramas silvestres injertadas en el olivo (Ro.11:16-24)!

A través de la postura sabia a la que finalmente llegó la asamblea por medio del consejo de Santiago, llegamos a conocer a un Santiago que muy bien puede ser el autor de esta epístola: un hombre que está y estará siempre vinculado en cuerpo y espíritu al Dios de Israel y al pueblo del Pacto, y que en un momento crucial de su vida ha llegado a creer en Jesucristo y a confesarle como el Mesías de Israel que no ha venido para abolir la Ley sino para cumplirla (Mt.5:17). Un líder espiritual excepcionalmente capacitado para señalar el Camino a los judeo-cristianos, un camino que no es otro que aquél del antiguo Pacto, pero que en el nuevo Pacto ha adquirido un Nombre y una Figura en Jesús. Él mismo es el Camino (Jn.14:6).

El hecho de que Pablo después de su conversión visitó a Santiago (Gá.1:19), y otra vez después de su tercer viaje misionero (Hch.21:18), muestra que Santiago ocupaba un lugar destacado en la congregación de Jerusalén.

¿Qué más sabemos de este hermano de nuestro Señor Jesús?[1] Jesús debe haber tenido por lo menos dos hermanas y cuatro hermanos (Mt.13:55,56). Se menciona como hermanos a Santiago, José, Simón y Judas. Si Mateo los ha puesto por orden de edad, entonces Santiago era el hermano (o hermanastro) mayor después de Jesús. De los otros únicamente se conoce a Judas por la epístola que se incluye en el Nuevo Testamento, en la cual se presenta como hermano de Santiago ("ya sabe, el conocido Santiago") e igual que éste, un siervo de Jesucristo (Jud.1:1). El Evangelio de Juan habla de la incredulidad al principio de los hermanos de Jesús (Jn.7:5), y el Evangelio de Marcos nos relata cómo su madre y sus hermanos quieren llevar a Jesús de vuelta a casa porque piensan que está fuera de sí (Mr.3:21 y 31). ¡Debe de haber sido muy difícil para sus parientes reconocer en su hijo y hermano al Hijo de Dios y al Hijo del Hombre,[2] al Salvador del mundo! El cambio decisivo no vino hasta después de su muerte y resurrección, de lo contrario Jesús, en la cruz, habría señalado al mayor de sus hermanos como apoyo para su madre María. Por otro lado, su hermano Santiago tampoco habrá sido totalmente incrédulo entonces, pues el Señor se le apareció después de la resurrección (1 Co.15:7), y por lo que sabemos, nuestro Señor no se ha aparecido a incrédulos, aunque sí a débiles en la fe como Tomás y probablemente también Santiago.

Poco después encontramos a la madre de Jesús y a sus hermanos en el círculo de los discípulos que esperan orando la venida del Espíritu Santo después de la ascensión de Jesús al cielo (Hch.1:14).

Aparte de sus encuentros con Pablo y de su actuación en la asamblea de Jerusalén, no sabemos mucho más de Santiago. Lo que está claro es que ha conservado su influyente posición en Jerusalén. No se marchó para predicar el Evangelio como los demás apóstoles, sino se quedó como fiel Pastor de la iglesia madre (en Jerusalén).

Acerca del final de su vida tenemos dos relatos diferentes, aunque los dos mencionan el martirio de Santiago.

El historiador judío Josefo nos cuenta que Santiago fue apedreado por orden del sumo sacerdote Anás II, en el año 62 después de Cristo.

El historiador cristiano Eusebio nos ha transmitido un mensaje de Hegesipo del segundo siglo; según el cual Santiago, justo antes de estallar la guerra entre los judíos y los romanos el año 66, fue arrojado desde el techo del templo y luego apedreado hasta morir por una muchedumbre furiosa, agitada por fariseos y escribas. Según el mismo relato, Santiago vivía como un nazareo, no tomaba vino ni otras bebidas alcohólicas, y no pasó navaja por su cabeza. Llevaba como sobrenombre "el Justo" porque guardaba rigurosamente los preceptos de la Ley. Era

---

[1] Los hermanos de Jesús ¿hermanos de verdad o primos?
Mateo 1:25 parece demostrar que José y María después del nacimiento de Jesús convivían normalmente como pareja de casados. Además es significativo que a los hermanos se les veía en repetidas ocasiones en compañía de María (Mt. 12:46;
Mc. 3:34; Lc. 8:21; Jn. 2:12).

[2] Con el nombre "Hijo de Dios" las Escrituras expresan que en Cristo Dios mismo ha venido a la tierra para llevar a cabo la reconciliación (Lc. 1:31-35; Ro. 8:32; Jn. 1:17; Mt. 16:16 y 26:63-64).

El título "Hijo del hombre" no se refiere en primer lugar a la naturaleza humana de Jesús, sino a que Jesús se señala a sí mismo como el Mesías Rey profetizado en Daniel 7:13-14. Él juzgará a la humanidad; es un título de "dominio eterno y un reinado indestructible". Véase Marcos 2:28; 8:38, 13:26; Mateo 16:64; 25:31; 26:64 y el Salmo 110:1.

conocido como alguien que oraba con fervor por la conversión de Israel; le salían callos en las rodillas de tanto orar.

Seguro que Santiago rogaba sin cesar por la restauración, sobre todo espiritual, de las doce tribus de Israel bajo la cabeza que es Jesucristo (1:1).

2. DESTINATARIOS

Santiago escribe su epístola a "las doce tribus (que están) en la dispersión" (1:1). Esta descripción es tan imprecisa que da lugar a muchas conjeturas. Del contenido de la Epístola se puede deducir que el autor se dirige a los judíos cristianos que a causa de las persecuciones han sido esparcidos desde Jerusalén. En efecto, en Hechos 8:1,4 y 11:19 se hace mención de una dispersión así, después de la lapidación de Esteban. Se dirigieron sobre todo al norte, hacia Fenicia, Chipre y Antioquía. Los datos en la Epístola referentes al clima (lluvia temprana y tardía, 5:7) y la vegetación (higueras, olivos y vides 3:12) coinciden con los de estas regiones.

Intencionadamente, Santiago habla de "las tribus en la dispersión". La palabra griega es "diáspora", y desde la deportación al exilio, primero de las diez tribus y más tarde de las otras dos tribus, se repite el fenómeno de la diáspora de grupos judíos y sinagogas en los países alrededor de Palestina. Así pudieron los judíos cristianos, aunque perseguidos y esparcidos por Siria y Chipre, o donde sea, conectar con judíos y sinagogas en el extranjero. Esta conexión era lógica teniendo en cuenta que en los primeros decenios después de Cristo la separación entre "iglesia" y "sinagoga" todavía no se había producido tan claramente como iba a ocurrir después de la caída de Jerusalén (70 d.C.). Llama la atención que Santiago en 2:2 usa la palabra "sinagoga" para indicar el lugar donde se reúnen sus lectores. Es una lástima que en la Reina Valera de 1995 se traduzca por "congregación", por lo que se ha perdido algo del ambiente judío en nuestra Epístola. (La Biblia Textual sí traduce"sinagoga").[3]

La denominación "doce tribus, que están en la dispersión" sigue siendo curiosa. De las doce tribus de Israel sólo una pequeña parte de las dos tribus ha vuelto de Babilonia a Jerusalén, y no sabemos nada acerca de las otras diez. Precisamente por eso la expresión "en la dispersión" es acertada.

El verdadero israelita siempre sigue pensando en que las tribus de Israel son "doce", y sigue pensando en la totalidad del pueblo de la Alianza con Dios, tal como ha sido llamado y constituido por el Señor en el monte de Horeb cuando estableció su Pacto, y no se conforma con la dispersión. A pesar de la dispersión geográfica, las doce tribus siguen siendo el pueblo de Dios, bajo y por medio de la Palabra de las promesas y mandamientos de Dios. Así lo entiende Santiago, y también Pablo da testimonio de esta visión de fe ante el rey Agripa: "Ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres, soy llamado a juicio; promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche" (Hch. 26:6,7). Es como si tuviésemos a

[3] En casi cada ciudad de cierta importancia mencionada en Hechos se encontraban una o más sinagogas. Así fue en Damasco (9:2, 20), Salamina (13:5), Antioquía en Pisidia (13:14), Iconio (14:1), Filipos (16:13), Tesalónica (17:1), Berea (17:10), Atenas (17:17), Corinto (18:4) y Éfeso (19:8). En la Diáspora había judíos que vivían del comercio ya desde los tiempos de Salomón. Probablemente la mayoría de las sinagogas habían sido fundadas por judíos que no regresaron a Israel después del Exilio. Los cristianos iban al principio a las sinagogas. Poco a poco empezaron a formar sus propias congregaciones, muchas veces reuniéndose en casas particulares (Ro. 16:5; Flm. 2). Esta evolución es descrita en Hechos 11:19-26 y 14:23.

Santiago delante nuestro, como el que ora día y noche por la conversión y la restauración de "todo Israel" (Ro. 11:26).

Desde esa misma visión de fe edificó el profeta Elías en el monte Carmelo un altar de doce piedras (aunque solamente era profeta en el reino de las diez tribus), y lo hizo "conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob" (1R.18:31). Sin duda Elías tenía en mente el altar construido por Moisés en el desierto cuando se hizo el Pacto, "con doce columnas, una por cada tribu de Israel" (Ex. 24:4).
¡En cuanto al altar y el sacrificio ante el Señor no debe contar la ruptura de Israel! Delante de la santa presencia de Dios solamente puede existir la unidad santa de su pueblo.

La preocupación y el interés de Santiago, como Pastor de la congregación en Jerusalén, se concentran especialmente en aquellas ovejas de su rebaño que viven más lejos. Sobre todo porque todavía apenas se vislumbraba algo de organización propia en la comunidad cristiana de la dispersión. Incluso los "ancianos de la iglesia" en 5:14 no tienen que ser necesariamente ancianos de la Iglesia cristiana. La traducción griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta, traduce la palabra "reunión" (de los creyentes) muchas veces por "*ecclesia*", la misma palabra que emplea Santiago en 5:14, que se traduce por iglesia. Muy bien puede ser que se trata todavía de la comunidad de creyentes judíos (5:14) que se reúnen en la sinagoga (2:2). Es lógico pensar que "los ancianos de la iglesia" son los ancianos de la sinagoga.[4] Entre estos ancianos de la sinagoga podría haber algunos que eran cristianos, y entonces Santiago ha querido decir: si estás enfermo, llama a aquellos ancianos que son cristianos. Supongamos que los judeo-cristianos dispersos se reunían todavía en la sinagoga, aunque tal vez como un grupo aparte. Entonces se pueden explicar las tensiones sociales entre ricos y pobres, terratenientes y obreros, mencionadas en la Epístola (2:1-13; 5:1-11).

En su huida desde Jerusalén y los alrededores, muchos tendrán que haber dejado casi todo atrás. Donde se asentaron habrán buscado trabajo con granjeros judíos, que aprovecharon la ocasión para hacerles trabajar por un mísero sueldo. El hecho de que Santiago saque por un lado esta incongruencia a la luz, y por otro lado llame a estos ricos explotadores "hermanos" (1:9,10; 2:5,6), es consecuencia de su postura reconciliadora y unificadora. Todavía está firmemente arraigado en la comunidad religiosa judía, ya que simplemente no puede ni quiere aceptar una separación entre judíos y judeocristianos. De ello deriva el derecho y la obligación de dirigirse a la comunidad entera de la sinagoga, que incluye todavía a todos.

---

[4] La palabra anciano es "*presbuteros*" en el griego del Nuevo Testamento. Este nombre se utiliza además de en la iglesia, también muchas veces para el anciano judío (junto a otras equivalentes griegas).

En el período del A.T. los "ancianos" son los dirigentes en la comunidad jurídica y social (tribu, ciudad). En el N.T. queda poco de ese poder, salvo en la sinagoga, pues la comunidad judía vive integrada en las estructuras del estado romano.

La iglesia cristiana utiliza los dos nombres, "*presbuteros*" (anciano) y "*episkopos*" (obispo).

Al "*episkopos*/obispo" lo encontramos en Hechos 20:28, Filipenses 1:1, 1Timoteo 3:2, Tito 1:7 y 1 Pedro 2:25.

Los nombres obispo y anciano en Tito 1:5 y 7 indican el mismo oficio, igual que en Hechos 20:17 y 28.

Mucho más claramente que "anciano", "*episkopos*/obispo" indica cuál es la responsabilidad del hombre que desempeña este ministerio en la congregación.

Hechos 20:28-35 es el texto clave para el contenido de este oficio. La palabra griega "*episkopè*" en Hechos 1:20 (Reina Valera "oficio", Biblia Textual "cargo") significa supervisión.

Santiago no utiliza la palabra obispo, pero sí "*presbuteros*" en 5:14.

Cuando Santiago escribe a las doce tribus en la dispersión, está convencido de que la división de Israel de ninguna forma puede existir, ni seguir existiendo delante del rostro de Dios (Ro. 11:26).

3. TIEMPO

El momento en que Santiago escribió su Epístola tendremos que buscarlo en el período comprendido entre la dispersión relatada en Hechos 11:19 y la asamblea de Jerusalén en Hechos 15. Esto es así porque en la Epístola todavía no hay rastro de cristianos de origen pagano, y menos aún de las dificultades entre judíos cristianos y cristianos de origen pagano, de las que hablaron en la asamblea de Jerusalén.

Sin embargo la fecha fue cerca de aquella asamblea, porque debe de haber pasado bastante tiempo hasta que los que fueron dispersos en el extranjero experimentaron las dificultades a las que alude Santiago en su Epístola. En general se supone que la Epístola ha sido escrita alrededor de los años 43/44 d.C., por lo cual tendremos que contar esta Epístola entre uno de los primeros y más antiguos escritos del Nuevo Testamento.

El contenido de la epístola habla a favor de esta suposición. Parece evidente que nos encontramos aquí al principio del desarrollo de la iglesia cristiana. Santiago cita de memoria, o de la tradición oral, palabras de Jesús, y no cita literalmente de los Evangelios. En su manera de expresarse sigue fielmente al Señor. Escribe de la misma forma como ha escuchado predicar con frecuencia a Jesús. No distorsiona nada. En sentido práctico señala el camino de vida conforme a la Palabra de Dios, eso es la *Torá* (véase *Torá* en Salmos II, Índice de Materias, FELiRe 1997/2003), pero iluminada por la interpretación que le da Jesús en el Sermón del Monte.

No hay aquí ninguna exposición sobre Cristo. Santiago se basa sencillamente en el Cristo, a quien ha conocido tan bien y tan de cerca…como su Hermano mayor en el taller de su padre en Nazaret. Transmite la sabiduría de lo alto (3:17) que ha escuchado de la boca de Jesús mismo y que posiblemente ha anotado también. Aunque el proceder de su Hermano al principio le pareció incomprensible, no obstante ¡él es y sigue siendo un testigo de primera hora!

Sí, ¿por qué Santiago no habría podido anotar palabras de Jesús, aún antes de que ningún evangelista empezara a escribir? Considerando su Epístola se ve que es un hombre culto, que domina la lengua griega hasta la perfección. ¡Se ha pensado que esto es extraño para el hijo de un carpintero! Pero en primer lugar tenían los jóvenes de aquel entonces casi siempre una educación bilingüe, en arameo y griego, y además, ¿por qué no podía llegar un hijo de carpintero más lejos que su padre?

Todo aboga, pues, por una fecha temprana para la redacción de la Epístola. ¡Es posible que tengamos aquí delante el primer escrito del Nuevo Testamento!

4. FORMA Y ESTILO

El encabezamiento es el usual para una epístola. Pero falta el final habitual de unas notas de carácter personal. ¿De veras es una carta? ¿No sería un tipo de sermón o una colección de predicaciones que Santiago envía a sus ovejas dispersas, envueltas en un sobre con dirección, por así decirlo? Nunca llegaremos a saberlo y tampoco necesitamos esta información de fondo para poder entender bien el contenido.

Llama la atención también el estilo de Santiago, que es muy diferente al de las epístolas apostólicas. No es tanto un manifiesto, sino más bien un mensaje pastoral.

Por eso la Epístola apenas tiene estructura, y es difícil de dividir en secciones. Como mucho, 1:2-11 se puede leer como un breve resumen del contenido, ya que los diferentes temas que allí se mencionan son tratados más ampliamente a lo largo de la Epístola: tentación y prueba, fe y perseverancia, sabiduría y oración, soberbios y humildes en la congregación. El estilo de Santiago es muy vivo, a veces inventa un diálogo para tratar un tema. Usa un lenguaje coloquial, y a veces salta de una cosa a otra.

Sin embargo, hay más relación en el conjunto de lo que parece a primera vista. Hay un hilo conductor a través de toda la Epístola. El mensaje de Santiago se transmite claramente, a pesar de todos los giros sorprendentes y saltos de una idea a otra: en medio de tentaciones y pruebas que afectan el punto vital de la integridad de la vida de fe y la integridad de la vida como congregación - por las que puedan surgir rupturas visibles e invisibles-, los lectores de todos los tiempos son llamados a perseverar en una fe viva que se muestra por las obras en una vida íntegra para el Señor y juntos como hermanos.

5. SANTIAGO Y LOS PROVERBIOS

Al leer la epístola de Santiago nos sorprende el gran parecido con los "escritos sapienciales", el "*hokhma*" del Antiguo Testamento.[5] Sabiduría práctica, que amonesta y enseña. La sabiduría del libro de Proverbios que actúa personificada y clama en las calles, y alza su voz en las plazas (Pr.1:20 ss.) es proclamada por Santiago como la sabiduría de lo alto (3:13-18). En 4:6 encontramos una cita literal de Proverbios 3:34. Compárese también 4:13-17 con Proverbios 27:1. Véase lo que dice Proverbios sobre los pobres y los ricos

6. SANTIAGO Y EL SERMÓN DEL MONTE

El Sermón del Monte de nuestro Señor Jesús (Mt. 5-7) tiene un papel importante en esta Epístola. En realidad forma su trasfondo. Quien se ponga a leer la Epístola, hará bien en leer primero el Sermón del Monte, y asimilar el mensaje de Jesús. Notaremos entonces que Santiago en gran medida sigue los pasos de su Señor y Maestro.

Sigamos ahora con un cuadro de las principales similitudes y los paralelismos entre la Epístola de Santiago y el Sermón del Monte de Jesús.

Sermón del Monte Las		**Epístola**
bienaventuranzas Los	Mt. 5:1-12	1:12, 25
pobres (en espíritu) Los	5:3 5:4	2:5
que lloran	5:5 5:7	4:9
Los mansos	5:8 5:9	5:7
Los misericordiosos	5:12	2:13
Los de limpio corazón	5:17-48	1:12, 3:17, 4:8
Los pacificadores		3:18
La recompensa/corona		1:12
La Ley		1:25, 2:8, 10-12, 4:11, 12

[5] "*Hokhma*" significa sabiduría, pero sabiduría práctica como: la experiencia del marinero (Sal. 107:27) y la pericia de carpinteros y trabajadores en metal (2Cr. 2:7).

No jurarás	5:34-37	5:12
El amor al prójimo	5:43 ss.	2:8
La oración	6:5-15	1:5-8, 4:2,3
Los tesoros -el moho-	6:19-21	5:1-3
Vivir al día	6:34 No	4:13-15
juzgarás	7:1, 2	4:11,12 3:1
Respuesta a la oración	7:7-11	5:13-18
La higuera no produce aceitunas	7:16,17	3:12
Oír y hacer	7:21-27	1:22-25

7. SANTIAGO Y LA LEY

Se ha acusado a Santiago de predicar una fe legalista, pero no hay nada más lejos de la verdad. Él tiene un alto concepto de la Ley de Dios, pero en el sentido en que Jesús ha dicho:"No he venido a abolir la Ley, sino a cumplirla" (Mt. 5:17). Igual que en el Sermón del Monte, nos confrontamos en la Epístola de Santiago con la profundidad y la plenitud de la Ley. Cuando Santiago habla de "la perfecta ley, la de la libertad" (1:25), tendrá esta palabra de Jesús en mente: "Si el Hijo os liberta, sois verdaderamente libres" (Jn. 8:36).

Jesús consigue lo que la Ley en el antiguo pacto no logró pero siempre tuvo como objetivo: ¡librarnos del poder del Maligno y del mal, y guardarnos en esa libertad!

Santiago habla en su Epístola muchas más veces de Cristo que en los pocos versículos donde es mencionado por su nombre: allí donde resuena el Sermón del Monte, y allá también donde habla de la perfecta ley, sí, la ley real (1:25, 2:8),- la ley que encontramos cumplida y personificada en Cristo.

8. SANTIAGO Y PABLO

La declaración de Santiago de que "el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe" (2:24), siempre ha levantado mucha polvareda, porque ¿no es completamente lo opuesto de la declaración de Pablo de que "el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley" (Ro. 3:28; Gá. 2:16)?

Sin embargo, la contradicción entre Santiago y Pablo es sólo aparente. Los dos hablan de la misma cosa, es decir de cómo el hombre es justificado, pero cada uno lo hace desde otra perspectiva, y dirigiéndose a otro tipo de lectores.

Pablo se opone a las personas del círculo de Santiago (Gá. 2:12) que consideran que las obras de la Ley, y en particular las obras según las leyes ceremoniales, son imprescindibles para ser justificados por Dios. Por eso Pablo tiene que decir: no, porque solamente por la fe y solamente por pura gracia somos justificados, mientras que Santiago se dirige a personas que opinan que ya no hace falta guardar los mandamientos de Dios, si somos salvos por la fe sola. Entonces Santiago tiene que decir: no, un hombre no es justificado y salvo por una fe sin frutos y sin obras.

Pablo no niega esto último. Al contrario, escribe: "La fe obra por amor" (Gá. 5:6), y: "Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en el?" (Ro. 6:2) .[6]

[6] En Romanos 6:15 y ss. Pablo impugna la tendencia u opinión que para un cristiano no es necesario cumplir la Ley. Esa tendencia es justo lo opuesto de la fe legalista de los judaizantes (véase Gálatas). Pero los primeros no estaban agrupados en un partido como los judaizantes. Su desprecio de la Ley ha recibido (más tarde en la historia de la Iglesia) el nombre de *Antinomianismo* (*anti*

¿No podría haber sido escrita la siguiente declaración de Pablo también por Santiago: “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra”? (Tit. 1:1; compárese Stg. 1:26)

Así que Pablo combate el fariseísmo y judaísmo pero no contradice a Santiago.

9. SANTIAGO Y LUTERO

A raíz de la aparente contradicción entre Santiago y Pablo es fácil entender que alguien como Lutero no tenía mucha estima por la Epístola de Santiago. Cuánto más, cuando sus oponentes católico-romanos se apoyaron fuertemente en esta Epístola. La doctrina católico-romana de las buenas obras y también sacramentos católico-romanos como la confesión y la extremaunción son derivados de la Epístola de Santiago (5:14, 16).

Cuando Lutero descubrió en la Epístola a los Romanos el evangelio de la justificación por la gracia, por la fe y no por las obras, ya no le interesaba nada de cuanto Santiago le pudiera decir. No se dejaba quitar por Santiago el gran tesoro que había encontrado en la Epístola de Pablo. Como Lutero no tenía un vínculo muy fuerte al canon, llamó a la Epístola de Santiago “una carta de paja” (compárese 1Co. 3:12,13). Aunque sí escribió un comentario sobre la Epístola, no obstante podía soltar frases como éstas:”Hoy o mañana encenderé la estufa con Santi”, o:”Aquí en Wittenberg hemos echado a Santiago de la teología, sí, casi le hemos echado de la Biblia”.Y:”Esta epístola está escrita por un judío que ha oído campanas y no sabe dónde”.

Lo que impulsaba a Lutero en su severa crítica era un punto de partida en sí mismo loable: que un escrito de los primeros siglos después de Cristo sólo puede ser aceptado como parte de la Biblia si proclama claramente a Cristo. Y según Lutero, esto era lo que faltaba en la Epístola de Santiago.

¡Pero no se dio cuenta que Santiago en vez de escribir sobre Cristo, escribe partiendo de Cristo! Cristo no es tanto el predicado, sino, y eso muy claramente, el sujeto de la Epístola. Una y otra vez el autor repite las auténticas palabras de Jesús, sobre todo las del Sermón del Monte. Las palabras de su Señor son tan importantes para Santiago que sacrifica gustosamente su propia originalidad. Lo que le importa es hacer oír la voz de su Maestro.

---

significa “contra”, y *nomos* “ley”). El antinomianismo satisface la inclinación natural del hombre, y por eso sigue siendo un problema de la actualidad.

Los *antinomianos* rechazan no sólo el judaísmo (observar las disposiciones del antiguo pacto) sino también el cumplimiento de la “ley de Cristo” (Gá. 6:2)

Un *judaizante* es legalista, duro, severo.

Un *antinomiano* es liberal, libertino, mundano; “negligente e impío” como dice el Catecismo de Heidelberg en la pregunta 64.

El *judaizante* no conoce el *perdón* de los pecados por la sangre de Cristo.

El *antinomiano* no sabe de la *liberación* de pecados por el Espíritu Santo, y no hace distinción entre la Iglesia, por la que Cristo ha pagado tan alto precio, y el mundo.

El *judaizante* se olvida de la introducción de la gloriosa Torá o Enseñanza (Ex. 20:2) sobre la liberación que anima a obedecer con gratitud.

El *antinomiano* detesta toda predicación de la Ley; también la cristiana de Mt. 11:30 “mi yugo es fácil”.

(según P.K. Keizer*, Historia de la Iglesia I*, p.10, ed. De Vuurbaak, Groninga, 1975)

10. “EL SEÑOR”

En la Iglesia cristiana se usaba desde el año 200 d.C., aproximadamente, una traducción griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta (LXX). El A.T. tiene originalmente dos palabras en hebreo indicando Dios: JHVH, el Dios del Pacto, (Yahvéh), y Adonai (Señor, soberano). Ambas son traducidas por *Kurios* en el N.T. griego y en la Septuaginta. Pero en el Nuevo Testamento también Jesucristo es llamado “*Kurios*” (Señor). Santiago usa este nombre de Dios, *Kurios*. El hecho de que *Kurios* tiene dos significados puede causar alguna confusión. En la mayoría de los casos se refiere a Dios (como el judío del A.T. le conocía bajo varios nombres), y sólo algunas veces se refiere a Jesucristo: a saber en 1:1; 2:1; 5:14,15. Salvo en estos versículos podemos siempre leer “Dios” cuando Santiago habla de “el Señor”.

También allá donde se habla de “la venida del Señor” (*parusía*) (5:7,8). En este caso va con la línea de razonamiento de la Epístola pensar en la intervención jurídica de Dios; acerca de la cual creemos y confesamos que Dios por medio de Cristo aparece y juzga como Juez. Seguramente no tendrá Santiago nada que objetar al respecto, porque de la boca misma de su Hermano y Señor ha escuchado muy claramente: “El Padre y yo uno somos” (Jn. 10:30).

CAPÍTULO I

1:1 – REMITENTE Y DESTINATARIO

Cuando llega una carta a tus manos que no va dirigida a ti, lo primero que te interesa saber es a quién va destinada y luego por quién ha sido escrita. Una carta de la cual se ha perdido el nombre del que la ha escrito y el del destinatario, nos parece algo que no tiene pies ni cabeza. No podemos identificarlo ni situarlo. Gran parte del contenido de la carta nos resulta incomprensible.

Ahora bien, la Epístola que tenemos aquí delante, y que vamos a leer juntos, parece que no nos va a traer problemas de este tipo, ya que el encabezamiento nos informa acerca del remitente y los destinatarios. El autor es un tal Santiago, que se presenta como siervo de Dios y del Señor Jesucristo, y se dirige a las doce tribus en la dispersión.

Pero no se han resuelto todavía todas las preguntas, porque ¿de cuál Santiago se trata aquí? ¡Hay tántos que se llaman Santiago en el Nuevo Testamento! Sin embargo, llama la atención que el escritor de nuestra Epístola se presenta sin títulos ni pretensiones, ni tampoco con el nombre de “apóstol”. Simplemente dice ser un siervo de Dios y de Cristo. No necesita nada más.

¿No se muestra así que ha sido una figura conocida para sus lectores? ¿Un Santiago que ocupaba una posición destacada en la Iglesia cristiana tal como se había ido formando después de Pentecostés, al principio sobre todo en el mundo judío de Palestina y alrededores?

Muy pronto ya se ha considerado como autor a ese Santiago que dirigía durante largo tiempo la congregación en Jerusalén, y que fue conocido como "el hermano del Señor" (Gá. 1:19). En el evangelio de Marcos es mencionado entre los hermanos de Jesús (Mr. 6:3). Pablo le menciona a la vez que a Pedro y Juan: ellos eran "las columnas de la iglesia" (Gá. 2:9). ¡Y es significativo que el primero al que menciona es Santiago!

No hay que extrañarse, entonces, de que este Santiago tenga un papel importante en la asamblea de Jerusalén sobre la que nos habla Lucas en Hechos 15. En el amago de un conflicto sobre la cuestión de que si había que molestar a los creyentes de los gentiles con prescripciones judías como la circuncisión, Santiago toma una postura de mediador por lo que se conserva la paz. En cuanto a sí mismo, él sigue guardando las leyes de Moisés en la medida en que sean compatibles con el Evangelio (véase Hch. 21:15-26), pero no quiere cargar este peso sobre los cristianos procedentes de los gentiles (Hch .15:19).

Alrededor de Santiago se ha formado un "círculo" (Gá. 2:12). ¡Por lo visto la formación de grupos en la iglesia es un viejo mal! La cuestión, sin embargo, es si Santiago mismo estaría contento con la actuación de "algunos de su círculo" en Antioquía (Gá. 2:11-14), cuando mostraron claramente su disgusto al ver a Pedro comer con creyentes de origen gentil. Pudiera ser que Santiago, como dirigente ampliamente reconocido de la Iglesia judeo-cristiana de los primeros decenios después de Pentecostés, se dirige con su epístola en particular a sus propios "seguidores". ¿Quién como él conoce sus debilidades y defectos típicamente judíos, su forma de pensar y sus problemas?

Pero hay otro punto difícil en este primer versículo de la Epístola. ¿A quiénes se refiere con la expresión "las doce tribus en la dispersión"? Podrían ser todos los judíos fuera de Palestina. Pero la Epístola va dirigida claramente a cristianos. No obstante sería incorrecto aplicar la expresión "doce tribus en la dispersión", que es típicamente judía, a la Iglesia cristiana, la cual sería entonces el nuevo Israel. *(7) Es muy evidente que toda la Epístola respira un espíritu judeo-cristiano y que el autor alude a situaciones judías: reunirse en la sinagoga (esta palabra se usa en 2:2), vicios judíos como jurar fácilmente (5:12), pecar con la lengua (3:1-12), discutir (4:1 ss.), una fe que se queda en palabras (2:14 ss.).

Por lo visto Santiago se dirige a los judeo-cristianos que a causa de las persecuciones han sido esparcidos por toda Palestina y más allá (véase Hch. 8:1). Podríamos pensar en lugares donde la separación entre judíos y cristianos no se ha producido aún definitivamente y donde todavía se juntaban en una misma sinagoga. Esto podría aclarar las situaciones a las que alude la Epístola, como por ejemplo la injusticia que sufren los trabajadores a manos de los ricos terratenientes,- algo inimaginable en una congregación solamente formada por cristianos, con pocos ricos y nobles -y perseguida por las autoridades judías-, pero muy fácil de imaginar en una comunidad judía, donde todavía se toleraba a los judíos convertidos al cristianismo. Santiago habrá querido que la convivencia fuera lo más duradera posible.

La indicación de "las doce tribus", cuando hace siglos que han desaparecido aparentemente diez tribus de Israel, no debería extrañarnos. El judío piadoso se aferraba a la estructura original del pueblo del Pacto de Dios. Pablo se expresa de la misma forma en su defensa ante Agripa:"Ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres, soy llamado a juicio; promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios

de día y de noche" (Hch. 26:6,7). ¿No ha dicho Jesús a sus apóstoles que juzgarán a las doce tribus de Israel (Mt. 19:28)? ¿Y no ha visto igualmente Juan en la isla de Patmos la nueva Jerusalén con una estructura basada en "las doce tribus de los hijos de Israel" (Ap. 21:12)?

No tiene que sorprendernos entonces que en la época en que fue escrita la Epístola los judeo-cristianos se consideraban el verdadero "Israel de Dios" por excelencia (Gá. 6:16), porque ¿no eran ellos quienes habían reconocido y aceptado al Mesías prometido que había venido? Santiago da esto por hecho sin más, pero les advierte de las pruebas y obligaciones que conlleva esta situación para ellos.

Santiago, ¡el propio hermano de Jesús!

Esto nos lleva a Lucas 8:19-21. La madre y los hermanos de Jesús intentan hablar con él, y cuando no lo consiguen le mandan un recado. Jesús reacciona con una pregunta: "¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?" Él mismo da esta significativa respuesta:"Son todos los que oyen la palabra de Dios y la obedecen." ¡Seguro que Santiago nunca habrá olvidado esta respuesta de su Hermano Jesús! "Oír y obedecer. *Oír y obedecer la palabra de Dios."*

Esto no lo ha aprendido Santiago de los rabinos o escribas, sino de su Hermano Jesús. ¡Y ésta ha sido su conversión! Ese mensaje de Jesús llegó a ser también el mensaje del hermano de Jesús, Santiago, sobre todo en esta Epístola. No, Santiago no se enaltece a causa de su parentesco con Jesús, humildemente se llama siervo del Señor. En su servicio escribe la Epístola y enseña a la congregación lo que él mismo aprendió a los pies de Jesús: ser hacedor de la Palabra (1:22). "Fe que obra", eso es lo que pide nuestro tiempo, y con razón.

Santiago saluda a sus lectores con un saludo griego (*jaírein*), que en aquel entonces era muy corriente y que literalmente animaba a mostrar gozo: ¡alégrense, estén gozosos! Claro que saludos como éstos se van desgastando por el uso diario. Cuando nosotros decimos ¡adiós! - ¿quién de nosotros recuerda que en realidad está diciendo "te encomiendo a Dios"? ¿O es que simplemente queríamos decir "hasta luego"? La Reina Valera traduce el saludo griego "*jaírein"* por "salud", lo que hoy día no significa más que "estar sanos". Pero cuando Santiago les desea gozo, quiere decir que sus dispersos hermanos en el Señor tienen toda la razón para estar contentos. Esto lo va a aclarar en los siguientes versículos.

1:2-4 EXTRAÑO GOZO

"Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas *tentaciones"*, así dice la Biblia holandesa. Francamente, eso nos parece un gozo extraño. Pero la Biblia española pone: "cuando os halléis en diversas *pruebas*", y esta traducción es más adecuada aquí.

La palabra griega "*peirasmós",* que usa Santiago, puede significar tanto "tentación" como "prueba". En cada prueba hay una tentación para ir por mal camino y en cada tentación estamos puestos a prueba para ver si seguimos en el buen camino. En la misma situación y en el mismo suceso tanto Dios como Satanás pueden ocuparse de nosotros: Dios para probarnos y Satanás para tentarnos. Dios quiere nada menos que resistamos (¡piensa en Job!), pero Satanás tiene como objetivo hacernos caer.

Adán y Eva en el paraíso fueron puestos a prueba por Dios cuando Satanás les tentó. Y cuando Satanás tentó a Jesús en el desierto, Dios le puso a prueba. ¡El

primer Adán cayó pero el segundo Adán resistió! Su perseverancia y victoria en el desierto debemos de tener en mente siempre cuando nos vamos a encontrar con pruebas /tentaciones en nuestro camino en pos de Jesús. Solamente en su poder seremos "más que vencedores" (Ro. 8:37).

Cuando Santiago habla de "diversas tentaciones/pruebas" quiere decir que vienen de todos lados y que pueden estar ocultadas en muchas situaciones: en riqueza y en pobreza, en enfermedad y salud, en prosperidad y en desgracia, tanto en libertad como en cautiverio. Los judeo-cristianos a quienes Santiago escribe aquí no lo habrán tenido nada fácil en aquel tiempo, cuando eligieron seguir a Jesús el Crucificado, tropezadero para los judíos y locura para los gentiles (1 Co. 1:23). Eso produce distanciamiento. Incomprensión y burla es lo que encuentran en torno suyo.

Y aún así: "gozaos profundamente cuando os halléis en diversas pruebas /tentaciones". ¡Qué afectuosamente llama Santiago a sus lectores "hermanos míos"! Encontramos esta expresión repetidas veces en la Epístola, ya lo verán. Así Santiago les anima de forma muy pastoral.

¿No se olvida ahora de las hermanas? ¿Y de los niños?

No, porque cada vez que en el Nuevo Testamento los miembros de la iglesia son llamados "hermanos", se incluye siempre a las mujeres y a los niños. Podemos pensar en la palabra "hermandad" ¡la cual incluye a todos en la iglesia de Cristo, mayores y jóvenes, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, grandes y pequeños, - todos!

Pero ¿por qué ese gozo, no a pesar de, sino incluso gracias a diversas pruebas?

"Sabiendo" dice Santiago, y con esa palabra "saber" apunta indudablemente al saber por experiencia – "sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia". ¡Y es maravilloso experimentar esa paciencia! ¡Cuán alegre habrá vuelto Abraham del monte Moriah con su hijo Isaac! No solamente porque su hijo estaba vivo, sino sobre todo porque su confianza en el Dios de las promesas se mantuvo firme y salió probada a través de la tentación. Como un chico dando saltos de alegría sobre el hielo al ver que aguanta su peso, y no se hunde. Una alegría semejante puede experimentar todo creyente cuando su fe "aguanta" la presión de la prueba. Esa fe, pues, es obra de Dios, su don, para que nadie se gloríe (Ef. 2:8,9). Así salimos fortalecidos de la lucha, con una fe más llena de confianza, de experiencia, de valor, tal como Jacob salió de la lucha con Dios a orillas del Jaboc, cojeando a causa de su cadera, pero vencedor en la fe (Gn. 32:28,31).

No hay que ceder en tiempos de pruebas. No hay que hundirse. Hay que mantenerse firme, y seguir siendo tú mismo como hijo de Dios. Esa es la paciencia a la que Santiago se refiere.

¡Cuánto no darían los atletas para conseguir alguna meta! ¿Podríamos nosotros, los creyentes, aguantar sin el entrenamiento diario? Los débiles y los que ceden no van a llegar a ningún sitio. Pero los bien entrenados perseveran. ¿Y no experimentarán un gozo tremendo?

Pero eso no es todo. Porque la perseverancia es tentada también. "Tenga la paciencia su obra completa", dice Santiago, "para que seáis perfectos y cabales sin que os falte cosa alguna".

Se trata, por lo tanto, de seguir perseverando. Porque el diablo no acepta su pérdida, ni nuestra ganancia. Vuelve una y otra vez, como volvió también algún tiempo después de lo que era su derrota y la victoria de Jesús en el desierto (Lc. 4:13, compárese también Lc. 11:24-26).

A través de y bajo todo aquello, nuestra fe crece hacia la perfección. Las pruebas contribuyen a que nuestra fe vaya madurando hacia la madurez completa. De las palabras de Santiago surge la imagen de cristianos que no se quedan a mitad de camino y fracasan, sino que llegan a la meta como vencedores. La palabra "completa" (v.4, "*teleia"*) viene de la palabra griega "*telos*", que significa "meta final". Santiago tiene en mente lo que ha dicho su Hermano y Maestro: "Pero el que persevere hasta el fin ("*telos*", meta final), éste será salvo" (Mt. 24:13).

Si nunca hemos escuchado otra cosa que: "es que somos incapaces para hacer el bien e inclinados a hacer lo malo", o: "tenemos sólo un miserable principio de la nueva obediencia", o: "somos y seremos siempre pecadores", entonces nos asustamos de esas palabras atrevidas de Santiago: no doblegarse, perseverar, soportar, perfeccionarse, ser cabales, sin faltarnos cosa alguna…

¿Es tan extraño que Lutero pensara de esta epístola de Santiago: así se tira por la borda el Evangelio de la salvación por la sola gracia?

¿No es Santiago en realidad un peligroso activista?

Pero, ¡esto es un dilema totalmente equivocado! ¿Actividad o pasividad? El contraste bíblico es muy distinto: ¡actividad de la carne o actividad del Espíritu!

Una fe viva nunca puede ser pasiva. Santiago nos enseña el camino de la fe que obra; y así encontramos también gozo en esa fe.

Qué cuadro más lamentable: cristianos que andan hundidos. Sin paso firme, con la espalda encorvada, sin expresión alegre. Parecen ir de derrota en derrota, aunque conocen de sobra el Salmo 84:7:"Irán de poder en poder".

¡Que experiencia maravillosa cuando atraviesas la prueba con la ayuda de Dios y en pos de nuestro Autor y Consumador de la fe (He. 12:2) y llegas así a la meta! Y cómo eres fortalecido en la fe cuando a través de las pruebas descubres lo que vale Dios y su palabra, para lo que vale tu fe. Cuanto más dura sea la prueba, más profundo será el gozo.

¿Extraño gozo? ¡Gozo asombroso!

(En el versículo12 y siguientes, Santiago vuelve a tratar el tema de la finalidad de las pruebas).

1:5-8 – ORAD POR SABIDURÍA

"Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios…" Esto parece estar en contradicción con el final del v.4: "…sin que os falte cosa alguna". Pero el v.5 empieza con: "Si tiene falta de sabiduría…".Entonces ¿falta algo? Sí, pero no es algo para que nos resignemos pasivamente a ello, como si fuera culpa de Dios. No, ¡"pídala y le será dada"! Pero no recibes nada sin pedirlo, o si oras con un corazón dividido, v.6. ¡Qué cosas más hermosas se dicen aquí sobre *orar*! Cosas fundamentales. Primero sobre *Dios*, y luego sobre *el que ora*.

Primero sobre Dios – "¡que da a todos, despreocupadamente y sin reproche!" -¡y cuánto no nos pudiera reprochar! : "¡Por vuestra propia culpa!"…Pero no nos reprocha nuestra falta, al contrario, lo cumple. Él da, despreocupadamente, sin poner trabas, sin que haya un pero. Y da a todos, quienquiera que seamos y como fuese nuestro pasado. A todos y no solamente a mí como si yo tuviera el monopolio de la sabiduría.

Esto es lo que se dice primero sobre Dios: ¡Ése es el Dios que tenemos, su corazón es tan grande, su bondad tan generosa!

Pero ahora algo sobre “el que ora”. Ése nos ofrece un cuadro menos bonito. “Inconstante en todos sus caminos”, “semejante a la onda del mar”, “de doble ánimo”, “el que duda”.

Ojalá pidiésemos nosotros siempre tan “despreocupadamente” como Dios da. Con frecuencia estamos hechos un lío. Complicamos todo, hasta la relación que tenemos con Dios. Tenemos problemas con orar, y si no los tenemos, los inventamos, u otras personas nos hacen creer que los tenemos. Santiago no recomienda la duda en absoluto.

Hoy día parece a veces que no cuentes como cristiano cuando das testimonio de la seguridad de tu fe. Eres un bicho raro, una excepción. Santiago es demasiado sencillo para razonamientos tan complicados, que tanto pueden infectar nuestra fe y nuestras oraciones. Para él las cosas son simplemente así: no puedes orar bien con dudas en tu corazón. La duda tira de nuestra oración hacia abajo, de tal manera que no puede elevarse hacia Dios, como sacos de lastre que impiden subir al globo. Santiago nunca ha visto un globo, por eso utiliza otra imagen: el que duda se parece a una onda del mar, que es arrastrada por el viento, siempre inquieta. Una ola no es un barco. Un barco puede navegar con ayuda de una brújula y así mantener el rumbo. Un barco es dirigible, una ola no.

Pedro dejó el barco y anduvo sobre las aguas (Mt.14:22-33). Eso iba bien mientras no perdía de vista a Jesús. Pero comenzó a hundirse cuando miraba a las olas, porque en ese instante veía su propia imagen, semejante a una ola del mar. Y entonces Pedro se hunde en esas olas, como es “de doble ánimo” e “inconstante en todos sus caminos”. Afortunadamente Jesús le extiende su mano salvadora y le sostiene y le ayuda a seguir andando, porque “Yo soy el camino”, también a través de fuertes vientos y a través de pruebas. Porque ¿no trata el capítulo 1 de Santiago acerca de pruebas/tentaciones?

Pero ahora esa “falta” (v.5).

¿En qué consiste? Falta de sabiduría.

Eso no se nos ocurre tan fácilmente. Nos falta de todo, eso sí, dinero, salud, oportunidades de ascenso, y así podríamos continuar...¡Pero a quién se le ocurre esta falta y pide esto: sabiduría?

¡Pues sí, a Salomón! (1R. 3)

Salomón se hizo rico y poderoso, pero fue por su sabiduría que ha llegado a ser tan famoso. Y la Biblia siempre se refiere a la sabiduría práctica de la vida, de lo que por ejemplo está lleno el libro de Proverbios. No necesitas diplomas ni calificaciones, ni tampoco títulos para ser una persona sabia. Padres y madres sabios, ancianos sabios. Personas que dicen en el momento adecuado las palabras adecuadas, o que saben callarse sabiamente. Personas que saben apaciguar riñas y resolver disputas. Con sabiduría sacada de la Biblia. Una sabiduría que en el cruce donde los caminos se separan, sabe elegir el buen camino, y que lo sabe indicar a otros. En resumen (y de eso se trata en 1:2-4 y 12): *sabiduría que hace tomar la decisión correcta en pruebas y tentaciones.*

Más adelante, en su Epístola, Santiago da este testimonio sobre la sabiduría que viene de lo alto: “¡es pura, pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía (3:17)!”

¡Para meditar un buen rato en ello!

¿No fallamos tremendamente en todo esto?

No nos preocupemos: pedid sabiduría, y os será dada. ¿No recibimos enseguida una respuesta de lo alto en esta Epístola de Santiago, tan llena de sabiduría práctica para la fe?

1:9-12 POBRES Y RICOS EN LA CONGREGACIÓN

Santiago continúa hablando de la fe y de la experiencia gozosa de mantenerse firme en la tentación. Tenemos que tener muy presente la relación entre ambos, aún cuando ahora se trata de pobres y ricos, humildes y nobles en la misma congregación. Santiago no cambia de tema. Solamente hace ver a sus lectores en qué terreno se encontraban las pruebas para ellos. Les indica dónde están ubicadas las trampas.

Ellos están viviendo en la dispersión. Expulsados de la tierra de sus antepasados con la que precisamente el israelita tiene unos vínculos muy estrechos. Algunos se han hundido en una pobreza miserable y llevan una vida llena de preocupaciones. Otros han podido llevar consigo algún dinero y han puesto en marcha un negocio. Puede ser que esos ricos formaban parte de la comunidad judía, a la que se habían unido en la dispersión. A veces eso fue posible, cuando el rechazo de los judíos convertidos al cristianismo localmente no era tan fuerte, como en el lugar de su procedencia, de donde habían sido expulsados.

Sea como sea, parece evidente que los ricos no se preocupaban demasiado de sus hermanos pobres, y esto significaba una experiencia amarga en la dispersión. El gozo de que hablaba Santiago (v. 2), va a faltarles del todo, tanto a los pobres como a los ricos, si no perseveran (vv. 3-4) y se mantienen firmes, los unos en la tentación de la riqueza, los otros en la prueba de la pobreza. Corren el riesgo de no aguantar más: los unos a causa de sentimientos de inferioridad, porque tienen tan poco; los otros a causa del temor continuo de tener que desprenderse de algo, porque tienen tanto (compárese el joven rico de Mateo 19). Y así ambos se quedan cortos en la sabiduría de Proverbios 22:2: “El rico y el pobre tienen en común que a ambos los hizo Jehová”. En lugar de encontrarse, pasan de largo, unos por el camino alto y otros por el bajo, como si unos fueran por el camino de una montaña y otros por el de un valle. ¡Pero de esa forma no se produce nunca un encuentro! Y ninguno de los dos en nada va a “gloriarse con gozo”.

Pero a continuación les dice algo hermoso: perseverar, mantenerse firme, no caer en la prueba y la tentación, eso solamente lo consigues como hijo de Dios y como hermanos en el Señor. El pobre no lo consigue, ni tampoco el rico. Solamente el hermano.

Con este título, el más hermoso de todos, Santiago ya se dirigió a sus lectores en el v.2 y ahora otra vez en el v.9, y así ¡hasta dieciséis veces usa la palabra “hermano” en su Epístola! Cuando todos los valores se devalúan, este nombre de “hermano” y la posición de “hermano” mantienen su valor eternamente.

“Hermano”,- ¡ésta es su dignidad en Cristo!

Por eso ¡fuera con los sentimientos de inferioridad y superioridad en la congregación! No se trata de ser más rico o más inteligente que otra persona, sino de lo que tenemos y somos todos juntos en Cristo, de lo que somos y tenemos por gracia.

Eso es lo que limpia nuestro pensamiento, purifica nuestros deseos y sanea las relaciones mutuas en la congregación.

"El hermano que es de humilde condición, gloríese en su exaltación", dice Santiago, es decir, en su alta posición como hijo de Dios, porque en eso es intocable e inmensamente rico en Dios (Lc. 12:21).

¿Y los ricos? ¿Es el evangelio solamente para los pobres?

No, también el rico en la congregación puede considerarse afortunado, ya que él puede gloriarse en su humildad. Como una flor se marchita bajo el calor del sol, así se marchitará el rico, con todas sus empresas. Cierto que es bueno ser emprendedor. Ya que lo puede hacer, puesto que tiene dinero para hacerlo. Así ayuda a otros dándoles trabajo y sustento…pero eso no perdura. Dentro de poco él será tan humilde como lo es su hermano ahora. La cuestión no es si su riqueza perdura, sino si él mismo perdura como hijo de Dios y hermano en la congregación. La pregunta es si él, igual que el pobre, es rico en Dios.

Santiago no va a nivelar aquí los ingresos y capitales, pero está saneando las relaciones mutuas en la congregación, poniendo pobres y ricos a un mismo nivel de "hermandad". Esto siempre impedirá que las diferencias sociales se desarrollen y agudicen, hasta llegar a ser grandes contrastes.

Cuando ambos, ricos y pobres, de nuevo aprenden a gloriarse, entonces vuelve también el gozo por mantenerse firme en la tentación de la riqueza y la prueba de la pobreza (vv. 2-3). Y para ambos vale la bienaventuranza del v.12: "Bienaventurado el hombre/la mujer que soporta la prueba, porque cuando salga aprobado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que lo aman". Tal vez ésta era una bienaventuranza del Señor Jesús que no ha sido incluida en los evangelios. "Bienaventurado" quiere decir: ¡felicidades, enhorabuena!

La "corona de la vida", es decir, la vida eterna como corona, aparece también en el mensaje del Señor Jesús a la iglesia de Esmirna (Ap. 2:8-11).

Es curioso que allí también se habla de pobreza y opresión, que hay un agrio conflicto en o con la sinagoga, y que en ese mensaje también se dice de los pobres que ellos son realmente ricos (en Dios). A los creyentes en Esmirna que son "tentados", dice el Señor: "Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida". Y Pedro escribe en su primera Epístola: "Vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria" (1 P. 5:4). ¿Qué es lo que anhela nuestro corazón: riqueza que se marchita (1:11), o esa corona inmarcesible de gloria?

¿Nos creemos dichosos con la coronita de papel dorado que nos ponemos, o tenemos envidia de esa coronita de papel dorado que otros exhiben? Realmente felices, bienaventurados, somos solamente cuando amamos a Dios, pobres o ricos. Porque entonces Él nos tiene preparada una corona.

El pobre en su fe, puede estirarse para alcanzar esa corona.

El rico en su fe, puede agacharse para alcanzar esa corona.

Dios lo ha prometido a ambos, y Él cumple su Palabra.

> "¡Aunque se caigan todas las flores
> y se seque la hierba,
> la Palabra de Dios que promete la corona
> permanece para siempre!"

Con esto se ha aclarado Santiago 1:2-12 lo suficiente; empezábamos con "Gozaos profundamente en diversas pruebas" (v.2)…y terminamos con "Bienaventurado el hombre que soporta la prueba" (v.12).

1:13-18 NO HABLAR MAL DE DIOS

En tiempos de prueba el gozo se oscurece completamente si perdemos la visión correcta de quien es Dios. Cuando Santiago nota en su entorno la tendencia a culpar a

Dios de todas esas pruebas y tentaciones, con sus desagradables consecuencias, entonces pasa directamente a hablar de esos pecados de la lengua, tan típicamente judíos, que trata de una forma más amplia en el capítulo tres.

¡Hablar mal del prójimo es grave, pero peor es hablar mal de Dios! ¡Qué culpable de esto se hizo Israel durante su estancia en el desierto, incurriendo en el mismo error una y otra vez! Dios los había convencido para salir de Egipto, al desierto, y allí estaban en problemas, sin comida ni bebida, según decían los israelitas. Se habían dejado convencer por Dios, para cambiar las ollas de carne por un futuro incierto.

Por lo que Santiago escucha, siguen hablando mal de Dios, ahora entre los cristianos judíos, que dicen que son tentados por Dios. Pero, ¿no escuchamos nosotros también en nuestro propio entorno y a veces en nuestro propio corazón este razonamiento: el mal viene del pecado y el pecado viene del diablo; el diablo es un ángel caído y los ángeles han sido creados por Dios; por lo tanto, el mal viene de Dios? O dicho de otra forma: Dios debe de haber cometido un "error de construcción" en la creación del hombre, porque si no el hombre nunca hubiera errado en su camino. Y así convertimos la Caída (en el pecado) en un accidente laboral, de lo cual hacemos a Dios responsable.

¡Cuántas veces se habla mal de Dios! ¿No nos duele? ¿O acaso participamos nosotros también? Pero, ¿no somos hijos de Dios? ¿No deberían entristecerse los hijos, cuando en su entorno se hable mal de su padre?

¡Por eso nos anima enormemente el hecho de que Santiago habla bien de nuestro Padre celestial! Él sale a la defensa de nuestro Padre, y seguro que nosotros podemos aprender algo de ello.

Dios no puede ser sorprendido, ni tentado, vencido por el mal, ni tentar a nadie, dice Santiago. Quien culpa a Dios, se disculpa a sí mismo. Y quien se disculpa a sí mismo, le quita a Dios la oportunidad de perdonar su culpa por la sangre del Cordero que llevó nuestros pecados. ¡Cuando una vez has visto con ojos de fe cómo Dios ha puesto la cuenta de tu culpa a nombre de su propio Hijo en el Calvario, nunca más se te ocurre acusar a Dios de que tú tienes que pagar por culpa de Él!

"Cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido", dice Santiago (1:14). ¡La palabra "propia" deberíamos subrayarla con una línea gruesa! ¡Nuestra <u>propia</u> pasión! Es nuestro propio ojo el que nos tienta al pecado, nuestra propia mano, nuestros propios pies, nuestra propia mente, nuestra propia imaginación. Santiago lo ha aprendido de nada menos que de su Hermano Jesús. Lo podemos leer en Mateo 18:8, 9. Lo específicamente propio que nos puede tentar al pecado es distinto para cada persona. Para Caín, era algo distinto que para Acán; para Sansón, era algo distinto que para Judas. No tenemos que ir generalizando, sino descubrir y reconocer lo que es propio de cada uno, porque así también llegamos a reconocer lo que es lo propio de nosotros mismos.

¡Es sugerente que Santiago en este contexto calla sobre el papel que juega Satanás en todo esto! (En 4:7-8 sí habla del diablo). Lo hace a propósito: Santiago no querrá darnos la oportunidad de cargar nuestra culpa al diablo. Por otra parte se muestra aquí la gran inteligencia del diablo – se podría decir su discernimiento psicológico –, que nos lleva a pecar por medio de lo que es propio de cada uno.

¡Guárdense de…sí mismos!

Y si se trata de la pregunta de quién tiene la culpa: ¡guárdense de las maniobras de escape! En el versículo 1:15 dibuja Santiago el horripilante proceso del nacimiento del pecado. Primero nuestro deseo nos presenta lo deseado como algo muy atractivo, se convierte en un cebo por el que somos seducidos. Y cuando nos entregamos al deseo, nace el pecado, y del pecado la muerte. Se desarrolla, pues, en

tres fases: deseo – pecado- muerte. Cuando satisfacemos nuestro propio deseo, el pecado será su hijo y la muerte será su nieta. Es la imparable "rueda de la creación" de la que Santiago nos habla en 3:6.

Pero como contrapeso de este horrible proceso de nacimiento, Santiago nos muestra otro proceso de procrear muy distinto, maravilloso, en 1:18: "Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas."

Santiago continúa con su defensa de Dios. "Amados, hermanos míos, no erréis" (v. 16). ¡Fíjense de nuevo en este nombre afectuoso que tan a menudo emplea Santiago, el hombre de corazón pastoral! "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces", (v. 17).

Lo malo viene de nosotros, pero de Dios solamente puede venir lo bueno. Sí, Él nos pone a prueba, pero es para bien, para nuestro bien; ya que no nos tienta para mal. Con mal queremos decir: lo que causa nuestra perdición, lo que provoca nuestra ruina eterna. Esto es lo que se propone siempre el diablo, ¡Dios jamás!

Bajo esta luz debemos leer y entender palabras proféticas como las de Isaías 45: 6-7 y Amós 3:6. Siempre que se lean bien, no contradicen Santiago 1:17.

Cuando Dios dice por la boca de Isaías:

"Yo soy el Señor y no hay ningún otro. Yo formo la luz y creo las tinieblas, hago la paz y creo la adversidad. Solo yo, el Señor, soy el que hago todo esto", - entonces no debemos entender que Dios crea al pecado y que, por lo tanto, Él es responsable del mal que nosotros hacemos. Porque 'adversidad' significa aquí solo "desgracia". Lo mismo que en Amós 3:6: "¿Habrá algún mal en la ciudad que el Señor no haya enviado?". También Job sufrió grandes desgracias, en las que Dios tenía mucho que ver, pero con la bendita intención que Job soportara todas aquellas tentaciones y que Satanás, todo lo contrario, fuera derrotado. No podemos entender cómo Dios actúa, "¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!", dice Pablo en Romanos 11:33, no como un suspiro quejumbroso sino como una alabanza: "¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!". "Sabemos además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien" (Ro. 8:28), También las adversidades. En y detrás de cada adversidad que afecta a los hijos de Dios, se esconde también una "buena dádiva" del "Padre de las luces". Gracias a esta buena dádiva puede surgir ese "gozo extraño" con el que Santiago empezó su Epístola (1:2).

Del "Padre de las luces", Santiago testifica que "en Él no hay mudanza ni sombra de variación" (1:17). Parece que en el texto griego se usan expresiones tomadas de la astronomía. Dios es el Creador y Padre de los cuerpos celestiales, el sol, la luna y las estrellas. En el caso de los astros hay cambios y a veces sombras causados por la rotación. El eclipse lunar es causado por la sombra de la tierra sobre la luna. ¡Pero Dios, Creador y Padre, está muy por encima de todo eso! Él no es: a veces luz, y a veces oscuridad. "Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él" (1 Jn. 1:5). Tampoco es Dios el origen del bien y del mal, sino la fuente de todo bien.

Y luego sigue Santiago: Dios no es solamente el Padre de las luces, sino también nuestro Padre. Porque "según el designio de su voluntad nos hizo nacer (nos engendró, dice la Biblia Textual) por la palabra de verdad" (1:18).

El texto griego emplea aquí la misma palabra '*apokueo*' que en 1:15 es traducido como "dar a luz" (engendrar). Dios nos *engendró* como sus hijos. ¡Qué palabra más

maternal del *Padre celestial*! Tan maternal como lo que Dios dice en Isaías 66:13: "Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros".

Dios nos hizo nacer por la palabra del evangelio. Santiago se refiere aquí a nuestro nuevo nacimiento, por la Palabra. Como la creación se hizo por la palabra de Dios (Gn. 1:3; Jn. 1:3), así también la nueva creación, el renacimiento del hombre y 'la regeneración' de todas las cosas (Mt. 19:28). Pedro se expresa de la misma manera sobre el nuevo nacimiento en 1 P. 1:23: "…pues habéis renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre", y "ésta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada" (1 P. 1:25).

¡Como hijos de Dios, nacidos de nuevo, podemos ser las primicias de la nueva creación! (Stg. 1:18) *(8). Santiago utiliza la imagen de la ofrenda de los primeros frutos de la cosecha que presentaba Israel ante Dios (Lv. 23:10) como imagen de los primeros cristianos de su época.

Esa imagen de 'las primicias' encierra una promesa de gran valor y un futuro maravilloso (Dt. 26:1,10). Porque las primicias representan y prometen la totalidad, el futuro, y, de la misma forma, ¡la primera congregación cristiana y cada persona que ha nacido de nuevo es un comienzo y también una garantía de la nueva creación! (Ef. 2:10; "somos hechura suya")

Santiago aplica las palabras proféticas de Jeremías acerca de Israel a la congregación judeo-cristiana: "Santo era Israel al Señor, primicias de sus nuevos frutos" (Jer. 2:3). En estas primicias está ya la gran cosecha delante de Dios.

Pero demasiadas veces las primicias de Dios se encuentran bajo el fuego cruzado de las pruebas y tentaciones. En cuanto a esto Jeremías advierte a todos los que agreden al pueblo de las primicias de Dios: "Todos eran culpables, mal venía sobre ellos, dice el Señor" (Jer. 2:3).

El que tiene el privilegio de ser una primicia de la nueva creación de Dios no debería alterarse tan fácilmente por pruebas y tentaciones de todo tipo, tampoco por nuestra condición de pobres o ricos. Nuestra posición, como hermano de Cristo (v.9), ¡sí, como hijo de Dios! (v. 18), sobrepasa todo eso. ¡Ser una primicia, prometedor comienzo del gran Futuro! Comparado con esto, toda riqueza es menos que nada. Y la pobreza, ¿de qué manera podría arrebatarnos algo?

1:18 ¿VANGUARDIA O RETAGUARDIA?

Fijémonos ahora un momento en el v. 18 en particular. Los cristianos podemos ser las primicias de una nueva creación de Dios. ¿Nos encontramos, pues, en la vanguardia del curso de la historia, o nos vamos arrastrando en la retaguardia? ¿Preparamos el camino, o somos los últimos? Martín Lutero King ha dicho que la iglesia tiene que ser un faro delantero y no una luz trasera. ¿No suena eso demasiado pretencioso?

En la época en que Santiago escribió su Epístola, el cristianismo era una nueva creencia en un mundo viejo. Pero ahora, unos 2000 años más tarde, el cristianismo se parece más bien a una religión vieja en un mundo nuevo.

En los primeros siglos los cristianos llamaban la atención por su forma de vida: ¡Mirad cuánto se aman! El estilo de vida cristiana ha influenciado al mundo a través de los siglos. Surgieron instituciones (hospitales, escuelas, caridad), y modelos de comportamiento (el respeto para el individuo, la humildad como virtud) que el mundo antiguo no conocía. Hoy día todo eso es algo normal, incluso para gente que no es cristiana. Entonces, ¿qué es lo que somos?, ¿cuál es la influencia que

tenemos?, ¿cuál es nuestro lugar en el mundo?, ¿somos vanguardia y faro, o retaguardia y luz trasera?

¡La fe cristiana está bajo el signo de la esperanza! Personas que han nacido de nuevo esperan llenas de ilusión la restauración de todas las cosas (Mt. 19:28; Hch. 3:21). ¿No esperamos cielos nuevos y una tierra nueva, en los cuales morará la justicia? (2 P. 3:13). ¿Y no tiene que motivarnos esta esperanza para anticipar ya, en lo posible, ese futuro que abarca los cielos y la tierra? *(9)

No, no somos aquellos que van a la cola, sino que somos precursores, que "se extienden a lo que está delante y prosiguen a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:14).

1:19 – 20 ¡EN PRIMER LUGAR SE NECESITAN OYENTES!

La palabra de verdad, por la que Dios hace nacer a sus hijos, ¡pide en primer lugar oyentes! La fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Cristo (Ro. 10:17).

"Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para *oír*, tardo para hablar, tardo para airarse" (v. 19).

Esto se aplica ya en nuestras relaciones personales. Escuchar con atención a otra persona siempre suele ser mucho más difícil que hablar. Nos gusta tanto oírnos a nosotros mismos, que al otro le interrumpimos enseguida. El deseo de interrumpir lo llevamos en la sangre, hasta incluso durante la predicación nos gustaría hacerlo. No nos damos tan fácilmente por vencidos, sabemos muchas veces más que Dios en su Palabra.

Es muy probable que Santiago tenga en mente la situación en las sinagogas. Cada visitante masculino podía tomar la palabra durante el culto en la sinagoga. Y a menudo se hacía uso de ello de una forma molesta. Jesús mismo lo experimentó (Lc. 4:14 -30). Y cuánto no les llevaron la contraria a los apóstoles, cuando predicaron en las sinagogas el evangelio de las promesas de Dios, que se cumplieron gloriosamente en Jesucristo (Hch. 13:45 ss.; 18:6). Santiago, quien mantuvo durante el mayor tiempo posible el vínculo con el templo y la sinagoga, ha experimentado seguramente muy a menudo que la gente se apresura a hablar y enfadarse. "Hacedlo al revés", dice: "sed prontos para oír, y tardos para hablar y airarse".

Sobre todo cuando está hablando Dios, debemos mantener la boca cerrada durante un buen rato, solamente escuchar, escuchar una y otra vez. El viejo Elí ha enseñado al joven Samuel esa actitud de "Habla Señor, que tu siervo escucha" (1 S. 3:10).

La contradicción y la ira que a veces provocan las palabras de Jesús y los que hablan en su nombre, en la sinagoga y en la iglesia, a menudo tienen su origen en un supuesto celo por la casa de Dios, en que uno cree que su iglesia tiene la razón. Piensa por ejemplo en el Sanedrín y en Saulo de Tarso. Pero también en nuestro tiempo hay muchos conflictos entre iglesias. ¡Cómo pueden llegar a encenderse y arder las pasiones en la iglesia!, y ¡cuántas veces no se confunde fuego santo con algo que en realidad es ira pecaminosa! Santiago advierte con mucha seriedad: "La ira del hombre no obra la justicia de Dios". *(10) Porque muchas veces no coincide con la razón de Dios. "Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas" (v.21).

"Manso" no significa "blando". La Biblia llama a Moisés "un hombre muy manso, más que todos los hombres sobre la tierra" (Nm. 12:3), Aunque dirigió su pueblo con mano firme, no era en absoluto una persona blanda, que se dejara

pisotear. Pero no tenía una autoestima muy elevada, y escuchaba en silencio los reproches injustos de sus propios hermanos, Aarón y María.

Así que, ¿no recibiríamos con mansedumbre la palabra de Dios mismo? El "recibir" va acompañado del "desechar" (1:21). Desechas y recibes. Hay que desechar algo, para recibir otra cosa, porque no puedes tener las dos cosas al mismo tiempo. Desechad toda inmundicia y abundancia de malicia, y recibid con mansedumbre la palabra implantada. La inmundicia y malicia en nuestro corazón impiden oír y recibir de la palabra de Dios, obstruyen como un tapón de cera nuestro oído. ¡Quítalo! Así se hace sitio para el oír y el obedecer la palabra de Dios.

Cuando Santiago habla de "la palabra implantada", usa una palabra griega ('*emphutos*') que aparece solamente aquí y que es difícil de traducir. Quizás la traducción de Grosheide (*Korte Verklaring*) es la mejor: "la palabra que entrelaza". La palabra de Dios crece entrelazándose con el hombre, haciéndose así uno con el que la oye y recibe. La palabra obra en tu vida, uniéndote cada vez más a ella. Esa inmundicia y malicia puedes desechar, pero no aquello con lo que estás entrelazado. *(11)

Precisamente porque la palabra de Dios está entrelazada con tu vida, aprendes a discernir de tal forma que sabes qué es lo que tienes que desechar de tu conducta, porque no armoniza con lo que está entrelazado contigo: la palabra de Dios.

De esa palabra dice Santiago que finalmente "puede salvar nuestras almas". "Puede" no quiere decir: puede o no puede. En el texto griego viene una palabra de la cual se ha derivado nuestra palabra "dinámico". ¡La palabra de Dios tiene la dinámica, el imponente poder para salvar!

Grosheide no traduce "vuestras almas", sino "vuestra vida", y añade clarificándolo: "Hay que pensar en *la vida entera* y no solamente en lo que llamamos 'alma'; *el hombre completo*, tal como vive, es salvo por Cristo si recibe la Palabra. (*Korte Verklaring*)

Es la palabra de Dios que actúa, siendo sembrada y plantada en nosotros, que ha echado raíces y se entrelaza con nuestra vida emocional y pensamientos, con toda nuestra existencia, y así influye también en la sociedad. Y de esa manera "obra la justicia de Dios" (1:20).

La breve Epístola de Pablo a Filemón, que trata sobre la relación entre el esclavo y el amo, ha necesitado siglos para "entrelazarse" de tal forma con nuestra sociedad cristiana, que no fue finalmente hasta el siglo diecinueve que ha dado como fruto la abolición de la esclavitud. ¡Sigue siendo una gran vergüenza para el mundo cristiano que ha tenido que tardar tanto! No obstante, la palabra de Dios sigue obrando imparablemente para sanear toda nuestra vida y también la sociedad.

1:22 – 27 SED HACEDORES DE LA PALABRA, Y NO TAN SÓLO OIDORES

Aquí llega Santiago a un punto muy importante en su Epístola: ¡no solamente ser oidores de la palabra de Dios, sino también llegar a ser hacedores! Nos engañamos si sólo escuchamos muy "piadosamente" el mensaje de Dios y nada más, si no lo llevamos a la práctica.

Al leer no tenemos que saltar la palabra "solamente" (no tan solamente oidores), porque entonces tendríamos un dilema falso: oír *o* hacer. No es así: hay que oír *y* hacer. El oír viene incluso delante (vv. 19–21). Tenemos que saber lo que vamos a hacer, porque lo primero que tenemos que hacer es escuchar tranquilamente la Palabra de

Dios. Así que: primero se necesitan oidores, pero luego también hacedores de la palabra oída.

Claro que tienen que ser las mismas personas. No debemos dividir la congregación en dos grupos: oidores y hacedores, Marías y Martas. Hacedores que no han escuchado bien primero, se convierten en un "haz-lo-tú-mismo". ¡Cuidado con un cristianismo dominguero, que de lunes a sábado no pone en práctica lo que ha escuchado los domingos! Pero cuidado igualmente con un cristianismo de "los lunes", que considera superfluo la asistencia a los cultos en domingo, porque lo importante sería un cristianismo "en la práctica". Nuestro acto de fe solamente se produce como fruto y respuesta a la palabra de Dios proclamada.

Oír y no hacer conforme a ello: nos es descrita esa actitud con una tremenda agudeza en Ezequiel 33:30-33. El Señor dice al profeta: "En cuanto a ti, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo se mofan de ti junto a las paredes y a las puertas de las casas" -¡los ves y los oyes hablar entre sí sobre el profeta que sabe predicar tan emocionante! -"y habla el uno con el otro, cada uno con su hermano, diciendo: "¡Venid ahora, y oíd qué palabra viene de Jehová!". Y vienen a ti como viene el pueblo, y están delante de ti como pueblo mío." - ¡una iglesia llena! – "Oyen tus palabras, pero no las ponen por obra, antes hacen halagos con sus bocas y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia. Y tú eres para ellos como un cantor de amores, de hermosa voz y que canta bien. Ellos oyen tus palabras," – y les parece todo muy bonito – "pero no las ponen por obra. Sin embargo, cuando eso llegue"- ¡la palabra profética! – "(y ya está llegando), sabrán que en medio de ellos hubo un profeta".

El Señor Jesús compara el hombre que oye sus palabras pero no las hace, con un insensato que construye su casa sobre la arena. Cuando las lluvias vienen y los vientos soplan, aquella casa se derrumba y su ruina es grande (Mt. 7:26,27).

Y Pablo escribe: "pues no son oidores de la Ley los justos ante Dios, sino los que obedecen la Ley serán justificados" (Ro. 2:13).

De Ezequiel 33 y Mateo 7 queda muy claro que del oír de la Palabra de Dios nunca se puede decir: "Si no me hará provecho, tampoco daño". Al contrario, si no nos hace provecho, y no nos lleva a actuar, entonces nos hará daño sin duda alguna (Jer.5:12-14). Nos engañamos cuando creemos que podemos escuchar la Palabra de Dios domingo tras domingo sin consecuencia alguna. Aunque nosotros no hagamos nada con la Palabra, la Palabra sí hace algo con nosotros, pues nos declara culpables en el juicio final. Si no permitimos que la Palabra renueve nuestra vida, nos destruirá.

"Si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, ése es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural; él se considera a sí mismo y se va, y pronto olvida cómo era", dice Santiago con una imagen muy acertada (1:23-24).

Un hombre olvida fácilmente lo que quiere olvidar.

El que se mira en el espejo es la imagen del oidor ilimitadamente superficial de la Palabra. No se produce ningún cambio en él. No llega a un conocimiento real de sí mismo, y no aprovecha tampoco los medios que Dios le ofrece para convertirse en un hombre diferente.

Cuán distinto es el testimonio de Pablo acerca de los cristianos en Éfeso: "Pero vosotros no habéis aprendido así sobre Cristo, si en verdad lo habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" (Ef. 4:20-24).

Cuando has llegado a conocerte en el espejo de la Palabra de Dios, tanto a ti mismo como a Cristo, se producirán milagros en tu vida, de rejuvenecimiento y cambio, de renovación y liberación.

En uno de sus libros cuenta el escritor alemán Bertolt Brecht una historia elocuente en pocas frases:

"Un hombre, que no había visto al señor K. desde hacía mucho tiempo, le saludó con las palabras: ¡Usted no ha cambiado en absoluto! Ah, dijo el señor K., y palideció".

Santiago sigue utilizando la imagen del espejo, cuando escribe en el v. 25: "Pero el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo sino hacedor de la obra, este será bienaventurado en lo que hace".

Como verdadero judío, Santiago llama la Palabra de Dios la *Torá* (Ley), que no solamente comprende los Diez Mandamientos sino todo el conjunto de los cinco libros de Moisés. Con toda probabilidad es él quien escribe el primer libro del Nuevo Testamento, y eso significa que sus lectores todavía dependían completamente del Antiguo Testamento. En la *Torá*, el corazón del Antiguo Testamento, veía Santiago "ley" y "evangelio" entrelazados. "La perfecta ley" es la Palabra de Dios, que nos pone y mantiene en libertad, tal como el encabezamiento de las Diez Palabras del Pacto proclama nuestra libertad, y los subsiguientes mandamientos son dados para guardarnos en esa libertad (Ex. 20:1-17).

La Palabra de Dios nos hace personas libres, libres de todo tipo de adicción, libres de la obsesión de la pobreza y libres de la obsesión de la riqueza (vv. 9-11). Quien cree que sólo es un hombre libre cuando levanta barricadas, propaga la revolución, y del capital de los ricos mete una considerable cantidad en su propio bolsillo, se engaña a sí mismo (v. 22). Sólo si Cristo nos ha liberado seremos verdaderamente libres, y bienaventurados en lo que hacemos (compárese 2:12; Jn. 8:36; Gá. 5:1; Ro. 8:2).

El "mirar atentamente" y "perseverar" en la ley (la Palabra) obviamente es lo contrario de esa mirada superficial en el espejo y olvidar cómo es uno (v.24). Aquel que sigue volviendo a la Palabra, no seguirá siendo lo que es por naturaleza, sino que llega a ser un hombre diferente.

En el v. 26 vuelve Santiago a hablar otra vez del autoengaño del oidor que nunca llega a ser hacedor. "Vana" llama él la religión de alguien que se cree muy religioso, pero no refrena la lengua (véase más adelante en la Epístola 3:1-12; 4:11,12; 5:12). Una religiosidad semejante no significa nada. Es la religiosidad del sacerdote y del levita, que unas horas antes estaban muy religiosamente ocupados en el templo, pero que luego pasan de largo cuando ven a un hombre medio muerto tirado en el camino (Lc. 10:30-32).

"La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre" tiene un aspecto muy diferente: "visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo" (v.27). Resumiendo brevemente:

hacer bien a tu prójimo (huérfano y viuda)
hacer bien a ti mismo (guardarse sin mancha del mundo)
y todo esto delante de Dios el Padre.

Viuda y huérfano representan a todos aquellos que sufren necesidad en el mundo. Los profetas del Antiguo Testamento hacen repetidas veces un llamamiento a hacer justicia a viudas y huérfanos, ¡y justicia es algo muy distinto y mucho más que una limosna! (Is. 1:17; Jer. 5:28; Ez. 22:7; Zac. 7:10). Jesús muestra su ira para con los ricos que devoran las casas de las viudas (Lc. 20:47), y los apóstoles se preocupan

mucho por las circunstancias de las viudas en la primera comunidad cristiana (Hch. 6:1-6).

"Guardarse sin mancha del mundo" (v.27) no tiene nada que ver con apartarse del mundo. No nos guardamos sin mancha del mundo si nos vamos lejos de este mundo y nos mantenemos al margen de los problemas que afectan al mundo de nuestro tiempo. El Señor Jesús, en su gran oración de Juan 17, no ha rogado que seamos quitados del mundo, sino que permaneciendo en el mundo y cumpliendo nuestro llamamiento, seamos guardados sin mancha del mundo (Jn. 17:11-19). Solamente si nos guardamos sin mancha del mundo, podemos significar algo para el mundo.

¿Cómo nos podríamos manchar?

Cuando nos inclinamos ante los ídolos de nuestro tiempo. Para los que vivimos en el rico Occidente significa esto: dejarnos arrastrar por el espíritu, la mentalidad, el impulso de nuestro tiempo. Por el materialismo, por el egoísmo, por ambicionar una carrera, por glorificar la prosperidad, por el espíritu de la ilegalidad, por minar la autoridad, por el deseo de igualdad, que ya ni siquiera respeta la línea de separación entre Dios y el hombre. Nuestra oración continua por nosotros y por nuestros hijos debería ser: ¡oh Dios, guárdanos de la contaminación de un mundo que cada vez más se aleja de ti, y que ya no hace caso a tus mandamientos!

Lo que Santiago quiere decir con "mundo", lo explica con una ilustración en 2:1-4: el modelo de comportamiento de un mundo que piensa en términos de poder, violencia, auto-conservación, y que da por descontado la opresión de los económicamente débiles y las minorías políticas.

NOTAS

7

Efectivamente, Pablo escribe que Abraham es el padre de todos los creyentes, tanto de los no circuncidados como de los circuncisos (Ro. 4:11,16; también Gá. 3:7). Pero el que dice que "la iglesia cristiana *es* el nuevo Israel", corre el riesgo de olvidarse que los gentiles solamente han sido *injertados* en lugar de "algunas" de las ramas, y que aquellos del pueblo de Israel que no permanecen en la incredulidad, serán injertados de nuevo, por el poder de Dios (Ro.11).

8

Este versículo es clave. Si no estuviera allí, se podría decir que Santiago es un moralista. Pero todo está bajo la luz de la Palabra que da vida.

(G. van den Brink, *La Epístola de Santiago*, Kok, Kampen, 2002, pág.50)

9

2 Pedro 3:11-14 amonesta "a vivir santa y piadosamente, procurando con diligencia ser hallados sin mancha e irreprochables, en paz". Vivir santamente, eso significa una contracultura: en todas las virtudes cristianas, Ef. 4:17 – 5:21. Viviendo así, seremos un ejemplo para seguir ante el mundo, y no parte de la retaguardia.

Santiago 2:1-4 y 5:1-6 tendrá, si Dios quiere, influencia en la sociedad, como ocurrió con la Epístola a Filemón. ¡Ojalá diera Dios, como en Holanda al principio del siglo XX, de nuevo allí, y también en otras partes del mundo, creyentes en gobiernos que puedan desarrollar un programa social cristiano!

10

En español, e igualmente en griego pone: “de” Dios, en lugar de “para” Dios. La razón no está clara. H.J. Jager aclara que la justicia de Dios no siempre significa una virtud o atributo de Dios; y que en Santiago 1:20 se entiende: tal justicia o vida justa, que sea aceptable a Dios.

Esto por analogía de Mateo 6:33.

(*Palabras Clave*, FELiRe, tiene un capítulo sobre “La justicia de Dios” en la edición de 1999, página.59)

11

“implantada”: en griego “*emphytos*”.

Grosheide traduce el v. 21: “La Palabra que se está entrelazando”. Su comentario es que es : “...una imagen consoladora, porque la inmundicia no se ha entrelazado con nosotros y puede ser desechada como uno se quita la ropa...Esa Palabra tiene la propiedad excepcional de hacerse uno, entrelazarse, con aquellos que la escuchan en fe”.

Probablemente Grosheide piensa con esta traducción en la unidad que resulta de injertar un retoño cultivado en un tronco silvestre. Una técnica que según se desprende de Romanos 11:17,24 ya era conocida en el antiguo Oriente Medio.

Pero los traductores de la Biblia en español y en otros idiomas escriben “implantado”, lo cual significa simplemente “plantar en” (la tierra). Pablo emplea un verbo con la misma raíz “*phyt*” en 1 Corintios 3:6, traducido por “plantar”, seguido de “regar”.

Con “implantado” no se trata de un conocimiento de Dios que es implantado en nuestra *naturaleza*. Porque la Palabra nos lleva a un *nuevo nacimiento* (que es lo que dice también Grosheide). “Se dice esto a los bienaventurados en quienes la Palabra predicada es implantada” (G. van den Brink*, op.cit*., pág. 55).

Hay también otro aspecto del “nacer por la palabra de verdad”, y eso es: la voluntad de Dios (v. 18). Pero en el v.21 se trata de una incitación para una actividad propia, para “recibir en mansedumbre la palabra implantada”. Puede ser que la semilla de la parábola no tenga raíz, y entonces los oyentes son “de corta duración”, o el engaño de las riquezas y las codicias de otras cosas ahogan la palabra (Mr. 4, El sembrador).

La predicación tiene que mostrar los dos aspectos. Así lo hace Pablo en su declaración en Efesios 2:6 y 8-10 por un lado; y por otro, en la amonestación en Efesios 4:25 y Colosenses 3: 5,8.

CAPÍTULO II

2:1-13 EN LA CONGREGACIÓN NO PUEDE HABER ACEPCIÓN DE PERSONAS

El primer versículo del capítulo 2 está relacionado con el último versículo del capítulo 1. La división en capítulos, que no está hecha por el autor sino que se hizo más tarde, tiene poca importancia. A veces es más perjudicial que útil. Santiago animaba en 1:27 a sus lectores a guardarse sin mancha del mundo, y en 2:1 en adelante da un ejemplo de lo que es el estilo mundano, ¡un ejemplo que no ha elegido al azar!

Llamándoles “hermanos míos” (vv. 1 y 5), Santiago les hace entender que el ejemplo que escoge tiene relación con la manera en que han de vivir la ‘hermandad’, pues advierte a sus hermanos que “su fe en el glorioso Señor sea libre de acepción de personas”.

En la iglesia de Cristo lo uno quita lo otro. El que cree en la gloria de Cristo y así lo confiesa, ¡no se deja impresionar por las pequeñas glorias humanas! La gloria del Señor (el *shekiná*, véase Éx.40:34,35) *(12), nos inmuniza contra anillos de oro y ropa espléndida (vv. 2,3).

Supongamos, dice Santiago, que en su sinagoga (porque usa realmente ese término) entra un hombre, vestido espléndidamente y con un gran anillo de oro en el dedo, - y miráis con agrado a ese hombre y le decís: siéntate tú aquí en buen lugar-, pero a un pobre decís: siéntate aquí en el suelo, - ¿no hacéis distinciones entre vosotros y venís a ser jueces con malos pensamientos?-. La traducción católica-romana de la Biblia en holandés, *Willebrord,* expresa la conclusión del v. 4 con estas palabras: ¿no os hacéis culpables de una discriminación malévola?

Los jueces deben juzgar sin acepción de personas, sin que tengan en cuenta la posición, la riqueza o la pobreza del acusado. En un juicio sin prejuicios tiene que estar garantizado el derecho del pobre, tanto como lo está el del rico y notable. No debemos hacer acepción de personas por su estatus, tampoco en la congregación, ¡precisamente allí menos que en cualquier otro sitio! Todo el brillo externo tiene que palidecer allá donde la gloria del Señor llena la casa de la congregación (Éx. 40:35).

“¡Hermanos míos amados, oíd!

¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que lo aman? Pero vosotros habéis enfrentado al pobre” (2: 5-6).

¿Es Santiago ahora el apóstol de la revolución, como también se suele decir hoy día que María en su “Magníficat” hubiese ensalzado la revolución? (Lc.1:52-53)

Tenemos que leer meticulosamente lo que dice el texto. Santiago contrapone el juicio que emite el mundo, al juicio en el Reino de Dios, sobre personas que ocupan más o menos el último peldaño de la escalera social, y que a veces incluso viven por debajo del mínimo vital, pero que a pesar de ello no maldicen a Dios sino que lo aman. Según juzga el mundo: pobres. Pero según la medida del Reino de Dios: ¡ricos! Porque: son herederos del Reino de los cielos. ¡En la congregación no hay que tratar a los pobres-según-el-mundo como a pobres, sino como a ricos-en-el-Reino-de-Dios, es decir, con el respeto que merecen como hijos del Rey!

Dios los ha elegido, dice Santiago.

También aquí tenemos que leer cuidadosamente, algo que siempre nos conviene en la lectura de las Sagradas Escrituras. Santiago no está diciendo que los pobres han sido elegidos para la gloria gracias a su pobreza, ni tampoco que los ricos pertenecen a los que son condenados por causa de su riqueza. Pues Dios ha prometido el Reino a los que lo aman (v. 5). ¡Eso es lo que viene en primer lugar! A los que aman a Dios, sean pobres o ricos. El rico Abraham era el amigo de Dios, y el rico Job amaba mucho a Dios, mujeres ricas sirvieron a Jesús con sus bienes, y el rico José de Arimatea cedió su propia tumba al Señor. Santiago escribe más: Dios ha elegido a los pobres-según-el-mundo, para que sean ricos en la fe. No porque son tan pobres, sino para que sean ricos en la fe. La causa de su elección no está en su pobreza, pero en su riqueza en la fe está la finalidad de su elección. Tal vez no tenemos que entender “elegido” tanto en términos de “la elección desde la eternidad, para la salvación eterna”. La Escritura no habla siempre en estos términos sobre la elección. Se dice de Saúl que el Señor lo ha elegido para ser rey sobre Israel, y por otro lado también Jesús es llamado el “escogido” (1S.

10:24 y Lc. 9:35; *Biblia Textua*l). En ninguno de los dos casos se puede pensar en "la salvación eterna para pecadores". (Véase también Hch. 13:17 y Dt. 7:6-10). Por eso hay comentaristas de esta Epístola que evitan aquí (probablemente a propósito) la palabra "elegido", y prefieren traducirlo por "puesto delante", "dispuesto", "destinado". Y eso también tiene mucho sentido.

De cualquier forma, la intención de Santiago es mostrar el contraste entre la manera en que Dios saca al primer término a los pobres que lo aman, para hacerles ricos en fe, y la manera en que los pobres son marginados y "afrentados" en la congregación (v.6). Actuando así, se echa una sombra oscura sobre "la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que nosotros con su pobreza fuéramos enriquecidos" (2Co. 8:9).

¡Cómo relativiza Santiago aquí nuestras normas y relaciones sociales! ¡Y qué cosas nos preocupan en el mundo actual! ¿Qué sentido tiene querer ser rico en este mundo (1Ti. 6:17)? ¿Nos da beneficios? Para el joven rico era un impedimento casi insuperable para poder entrar en el Reino de Dios (Lc. 18:18-27). Entonces, ¿ser pobre nos hace gozar de la simpatía de Dios? ¿Por qué, pues, oraría Agur así: "no me des pobreza ni riquezas,…no sea que, una vez saciado, te niegue y diga: ¿Quién es Jehová?, o que, siendo pobre, robe y blasfeme contra el nombre de mi Dios" (Pr. 30:8,9).

¡No, Dios no hace acepción de personas! Porque Cristo ha dejado sus riquezas en el cielo para hacerse pobre en la tierra por nosotros, ricos y pobres, y por eso pobres pueden cambiar su pobreza, y ricos sus riquezas por la riqueza de Cristo: un tesoro en el cielo (Mt. 6:20; Lc. 18:22).

De lo que Santiago escribe a continuación se desprende que en el círculo de lectores *(13) los ricos actúan incluso con violencia respecto a los pobres, y los arrastran ante los tribunales. Uno se pregunta: ¿Qué puedes sacar de esos pobres?, pero quizás han venido a menos justo a causa de esos juicios. Eso fue lo que ocurrió durante el siglo XIX en la Holanda cristiana con los reformados, cuando se separaron de la Iglesia estatal reformada (que se había vuelto liberal), y que, bajo el reinado de un rey cristiano de la casa de Orange, han sido arrastrados a los tribunales, y eso sin protestas (¡al contrario!) por parte de sus "hermanos" reformados, y que han venido a menos por culpa de una serie de multas muy altas.

"Así blasfeman el buen nombre que fue invocado sobre ellos" (¡en su bautismo!) (2:7).Un sólo nombre es nuestra esperanza, la esperanza de todos nosotros, y por eso cualquier forma de discriminación en la Iglesia ensombrece ese nombre glorioso.

(2:8) "Si en verdad cumplís la Ley suprema, conforme a la Escritura: <Amarás a tu prójimo como a ti mismo>, bien hacéis". Este mandamiento del Señor, como el gran mandamiento del amor, está por encima de la vida de todos nosotros, ricos y pobres, igual que un rey está por encima de sus súbditos y reina sobre todos, sin acepción de personas, imparcialmente. Sin embargo, si actuamos con parcialidad, nos enfrentamos a esta Ley suprema. No nos vale nada haber cumplido algún punto de la Ley, porque no estamos ante una suma de mandamiento más mandamiento, y norma más norma, sino ante Aquel que ha dicho tanto lo uno como lo otro, y que ha resumido todo en aquel único mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Ro. 13:9).

No debemos hacer distinciones entre mandamientos de la Ley, y por eso tampoco entre las personas con las que vivimos. Los mandamientos de Dios no se pueden "cumplir por separado". Dios es uno, y su Ley es una. Así también tiene que ser nuestra vida una sola, de personas íntegras. El número "uno" es el prefijo de la fe judía, como testifica la antigua y única confesión de fe de Israel: "Oye, Israel; Jehová nuestro Dios, Jehová uno es" (Dt. 6:4).

Hasta el día de hoy ésta ha sido la confesión de Israel, escrita en las jambas de sus puertas (según Dt. 6:9), y recitado también en los campos de concentración, cuando fueron conducidos a las cámaras de gas. El cristiano judío Santiago sigue siendo fiel a esta confesión, cuando desearía grabarla en los corazones de sus hermanos judeo-cristianos.

Ojalá que nuestra alma sea una, y no esté dividida; que nuestras congregaciones sean unidas y no divididas por discriminación y formación de grupos; porque el Señor nuestro Dios es uno. Y su Ley es una.

"Cualquiera que ofenda en un punto (de la Ley), se hace culpable de toda la Ley" (v. 10). Los mandamientos de Dios son como una cerca alrededor de nuestra vida redimida, con el fin de guardarnos en la salvación. Hemos sido liberados para vivir de aquí en adelante con Dios, para quedarnos cerca de Él para siempre. No importa mucho en qué punto rompamos y traspasemos la valla, porque siempre nos vamos a encontrar en el lado equivocado, más lejos en vez de más cerca de Dios. Sea el sexto mandamiento o el séptimo el que transgredimos, siempre es un fatal cruce de fronteras, (v. 11).

"Así hablad y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad" (v. 12). Es la Ley suprema (v. 8), la Ley perfecta de la libertad (1:25), que ya en su encabezamiento proclama la libertad como el gran regalo de Dios: ¡"Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de casa de servidumbre"! El mismo Dios que nos ha puesto en la libertad de los hijos de Dios (Ro. 8:21), nos indica en su Ley el camino para no perder nuestra libertad, y para que en la congregación no dificultemos la libertad de cada uno y valoremos al otro. El valor del otro viene determinado por el alto precio de la sangre preciosa de Cristo, con la que todos fuimos rescatados (1P. 1:17-19).

2:13: "Recordaos", termina Santiago esta sección de su Epístola, "que Dios hará juicio sin misericordia con aquel que no haga misericordia, y la misericordia triunfa sobre el juicio" (compárese Mt. 18:21-35). No es lógico suponer que con la tercera "misericordia" se refiriese a la misericordia de Dios. Es mucho más lógico pensar que tanto la segunda como la tercera "misericordia" se refieren a la misericordia humana, aunque, eso sí, como reflejo de la misericordia divina, que es fuente y fuerza de nuestra misericordia. El "triunfar sobre" *(14) lo podemos entender según lo que Jesús dijo a sus discípulos, poco antes de ser arrestado: "viene el príncipe de este mundo" – el diablo – "y él nada tiene en mí" (Jn. 14:30). Puesto que Jesús está completamente libre del pecado, el diablo no encuentra ningún punto donde engancharse, como un barco lo haría en el puerto al poste de amarre. De la misma manera, tampoco el juicio puede afectarnos, pues tanto dentro como fuera de la congregación hacemos misericordia como Dios en su gracia nos muestra misericordia.

2:14 – 20 AÑADID LAS OBRAS A LA FE

Como introducción al comentario de esta sección de la Epístola de Santiago citamos al profesor J. de Graaf:

"Las iglesias están en crisis. Muchos creyentes ya no entienden el mensaje del Evangelio. Algunos, por solidaridad con el mundo, prefieren callarse sobre Dios y sobre Cristo, sobre la reconciliación y la redención, sobre la gracia y la fe.

La Epístola de Santiago indica otro camino.

No está mal creer en Dios y en Cristo, en reconciliación y redención, y dar testimonio de ello.

Pero está mal cuando no <u>funciona</u> esta fe.

Dicho de otro modo: el hombre moderno (¿y quién es ése?) no culpa a los cristianos por ser cristianos, sino porque su fe no va acompañada por obras".

A partir del v. 14 Santiago introduce dos personajes por así decirlo, que sostienen puntos de vista opuestos. Lo hace para amenizar su discurso. *A* dice que tiene fe, pero no tiene obras (v. 14); *B* dice que tiene obras, y que está muy bien así, que uno tenga fe y el otro tenga obras (v. 18).

Uno es "fuerte" en la fe, otro es "fuerte" en las obras. ¿No se podría expresar así? ¡No podemos tenerlo todo!

Pero a continuación Santiago aclara por medio de una ilustración que la fe sin obras no sirve para nada, no salva (v.14), ¡es más, está muerta (v. 17)! ¿Para qué sirve, por ejemplo, decirle a alguien que carece de todo: "vete en paz (el conocido saludo judío *shalom*), caliéntate y sáciate", - si no unamos la acción a la palabra, y no le proveemos de ropa y comida? (v. 16) ¿Qué puede comprarse ese pobre hombre por tu bonito saludo y buenos deseos?

Se trata aquí de una comparación, que no es tomada de la vida de la fe sino de la actitud ante el prójimo. El punto de comparación está en la contradicción entre decir y hacer. Santiago quiere decir que esto también se aplica a la fe. Cuando no es completada con obras, se ve que está muerta. Cuando a la fe le faltan las obras, no es solamente un "defecto estético", sino ¡una cuestión de vida o muerte! "Si no tiene obras", quiere decir "una fe que no se relaciona", una fe que está muerta (v.17). La "fe en sí" es una fe introvertida, una fe aislada.

El v. 18 siempre es difícil de comentar, aunque no difícil de entender. Cuando *B* dice: tú tienes fe y yo tengo obras – ¿acaso no está bien repartido así? -, entonces Santiago le contesta a *B* con las palabras: muéstrame tu fe sin tus obras, pero yo te mostraré mi fe por mis obras.

Un buen árbol da buenos frutos (Mt. 7:17), y los frutos se pueden ver. Son la única manera de hacer visible la fe. Se muestra de una forma clara y muy hermosa en la historia del paralítico que es sanado. Sus amigos le traen a Jesús, y se esfuerzan rompiendo el techo para bajarle hasta los pies de Jesús. Y dice el texto: "al <u>ver</u> Jesús la <u>fe</u> de ellos, dijo al paralítico: -Hijo, tus pecados son perdonados" (Mr. 2:5). Por lo tanto, la fe se puede <u>ver</u>, y se puede ver por los frutos, por las obras. La fe viva y verdadera se ve en el acto.

Queda claro entonces lo que Santiago quiere decir. Quiere decir: no puedes separar la fe de las obras y repartirlas entre dos grupos de una congregación; creyentes al estilo de María, y creyentes al estilo de Marta (Lc. 10:38 – 42). ¿Crees que Dios es uno? (v. 19) ¡Entonces esa fe también tiene que ser íntegra! ¡Esto es, una fe que incluye las obras! ¿Tú eres capaz de mostrar tu fe sin tus obras? Sin embargo, yo puedo mostrar mi fe por mis obras, dice Santiago. En seguida lo va a ilustrar con ejemplos, primero negativos, del mundo de los demonios, y luego positivos, de la historia de Israel. Estos ejemplos no son como en los vv. 15 y 16, comparaciones sacados de otro contexto, sino ejemplos reales del contexto de la fe.

"Tú crees que Dios es uno", dice Santiago a sus hermanos judeo-cristianos, y les recuerda su propia confesión de fe judía (Dt. 6:4). "Haces bien, pero también los demonios lo creen, y tiemblan". Si nuestra fe no es un acercamiento activo a Dios, y no nos impulsa a hacer lo que le agrada, entonces las mayores verdades de la salvación se convierten en una fuente de temor. Creer no es asentir teóricamente, no es puro conocimiento; creer es confiar en, entregarse a Dios, y a continuación hacer lo que Él dice.

Un ejemplo impresionante del hecho que los demonios tiemblan, lo encontramos en la historia del endemoniado gadareno, cuando es sanado por Jesús (Lc. 8:26 – 39). Una fe que no produce obras que agradan a Dios es calificada como "vacía" por Santiago. Así está expresado en griego en el v. 20: "¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es estéril?" (*Biblia Textual*); porque es infructuosa, no tiene efecto.

Pablo en su Epístola a Tito advierte seriamente contra una fe así de vacía: "Profesan conocer a Dios pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra" (*Tit*.1:16).

Luego Santiago aporta dos ejemplos positivos: Abraham y Rahab.

2:21 – 24 ABRAHAM ES JUSTIFICADO POR LAS OBRAS

En su estilo vivo de diálogo pregunta Santiago a sus lectores: "¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras?"

"Nuestro padre Abraham" – recordemos a quién Santiago se dirige aquí, a los judeo-cristianos, por lo que este ejemplo habrá tenido mucho significado para ellos -, fue justificado por las obras, cuando estuvo dispuesto a ofrecer su hijo al Señor. Esa disposición contaba como hecho, y con eso le bastaba al Señor. ¡Cómo fue probada la fe de Abraham en ese momento! ¿No era Isaac el hijo de la promesa? ¿Tenía que devolverlo, después de haber tenido que esperar tantos años en vano hasta que naciera? Justo en ese punto su fe es probada: ¿depende su fe de Isaac, o de la promesa de Dios? ¡Pero bajo esa prueba tan dura (véase 1:3) su fe aguanta, sí, alcanza su máxima fuerza! Sobre todo cuando él, estando ante el altar, con su único hijo atado y tumbado encima, "pensaba que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también lo volvió a recibir" (He.11:18,19).

Abraham no se quedó meditando piadosamente en su tienda, -se puso de camino-, al monte Moriah, para hacer allí lo que Dios le había dicho. Y así alcanzó su fe efectivamente la cumbre (v. 22), y se cumplió la Palabra: "Abraham creyó a Jehová y le fue contado por justicia" (Gn. 15:6), y fue llamado "amigo de Dios" (Ex. 33:11; 2Cr. 20:7; Is. 41:8).

¡Qué nombre más hermoso: amigo de Dios! Confidente de Dios, iniciado en el plan de salvación de Dios. Más tarde Jesús llamó a sus discípulos también así: "Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer." Y Jesús añade: "Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando." (Jn. 15:14,15). Santiago no lo ha aprendido de ningún desconocido; ese vínculo fuerte entre creer y hacer: ¡lo aprendió de su propio Hermano!

La declaración que la fe de Abraham le fue contada por justicia, es quizás un poco difícil de entender para nosotros. La Epístola de Pablo a los Romanos es en realidad un gran comentario sobre ello. La fe de Abraham es razón para Dios para considerarle como "un justo", lo que quiere decir, como alguien que cumple el requisito de esa relación de amistad especial que Dios había provisto. En Romanos 4:1-6 Pablo dice claramente qué era lo que fue decisivo para que Abraham como amigo y aliado agradara al Señor, y por lo que fue considerado justo: era por su fe. No era por las obras de la ley (Ro. 3:28).

¿No contradice Santiago ahora a Pablo, cuando dice: por Abraham ves cómo un hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe (v. 24)? Pero debemos

entender que Santiago se refiere a otro tipo de obras que Pablo. Pablo rechaza las obras de la ley (Ro. 9:32) como requisito de la justificación por Dios, y dice rotundamente: no, sólo por la fe. Pero Santiago habla de obras de fe, que no pueden faltar a una fe viva. Cuando Dios declara a Abraham justo por su fe, entonces eso es de verdad solamente por su fe en la promesa de Dios (Gn. 15:5,6).

Cuando esa fe-en-la-promesa-de-Dios-sola pasa la prueba en el acto de fe de Abraham en el monte Moriah, su justificación-por-la-fe-sola es confirmada. Dios somete a prueba y corona su propia obra en la vida de Abraham. ¿No es la fe don de Dios, para que nadie gloríe? (Ef. 2:8,9).

Así no queda nada de la controversia (muchas veces sospechada) entre Pablo y Santiago sobre este tema. Pablo ha enfatizado lo imprescindible de las obras de fe tantas veces como lo ha hecho Santiago. Escribe por ejemplo a los creyentes en Éfeso: "Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe, pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas" (Ef. 2:8-10).

Así pues: por la fe, por la gracia, y en Cristo, - ¡pero eso no excluye buenas obras, obras de fe, al contrario, las incluye! ¡Fijaos lo que escribe Pablo a los cristianos de Galacia: "en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor"! (Gá.5:6).

Volviendo a lo que dice Santiago: la fe y las obras van de la mano, juntas, y no se dejan separar, porque ¿qué es lo que ocurre entonces? La fe sin obras se muere, y obras sin fe no tienen raíz, no perduran. A veces decimos de algo que "funciona". Así ve Dios en el monte Moriah, con alegría, que la fe de Abraham no es una fe de labios o un sentimiento romántico… "funciona", "aguanta"; como suelen decir los chicos cuando prueban el hielo después de unas noches de helada: ¡aguanta! Así es como es con la fe de Abraham: es una fe que obra. Pero – para que nadie se gloríe –, sigue siendo en su totalidad, tal y como es, una fe viva con frutos, y todo don de Dios y obra de Dios en nosotros.

Luego Santiago presenta otro ejemplo más, tomado de la historia de Israel.

2:25-26 RAHAB FUE IGUALMENTE JUSTIFICADA POR LAS OBRAS

¡Sí, Rahab, la prostituta de Jericó, mencionada en Josué 2!

¡Qué diferencia con Abraham, llamado con tanto respeto "nuestro padre! Sin embargo, también ella llegó a ser una madre en Israel, gracias a su fe, que como la fe de Abraham "funcionó" en un momento sumamente crítico de su vida y de la historia de Israel. Por eso ella es incorporada en el pueblo de Dios. Va a ser la madre de Booz, que conocemos en el libro de Rut. Os animo a que leáis el precioso final de ese libro. ¡Rahab va a ser incluso una antecesora de Jesucristo! (Mt. 1:5,6).

¿Hay una gran diferencia entre Abraham y Rahab? Pero el Espíritu Santo añade su nombre e historia a la larga lista de testigos de la fe, en Hebreos 11: "Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, porque recibió a los espías en paz" (v. 31). Con qué fuerza ha confesado su fe, cuando los espías estaban escondidos en su casa: "Jehová, vuestro Dios, es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra" (Jos. 2:10). También creía en el futuro para Israel (Jos. 2:9), y en el poder que obra milagros del Señor (Jos. 2:10).

Y no es que solamente lo expresaba de una forma bonita, sino también actuaba conforme a su fe y su confesión. La fe capacita a esta mujer para actuar. No olvidéis que se arriesgó mucho y afrontó la venganza de sus conciudadanos por recibir y esconder al

"enemigo" en su casa y ayudarles a escapar. ¡Eso no se lo iban a agradecer en Jericó! Pero por su fe veía cómo estaban los frentes situados de verdad. Y así vemos, igual que con Abraham y el sacrificio de Isaac, cómo su fe aumenta y crece hasta su apogeo en esa situación crítica.

De ambos ejemplos, de Abraham y de Rahab, saca Santiago la siguiente conclusión:

"Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta" (v.26). ¡Ya que no tiene ningún efecto visible!

Una pregunta, para probarnos a nosotros mismos: ¿Tiene nuestra fe alguna influencia sobre lo que hacemos?

2:21, 25 "CON FE, CONFORME A LA VOLUNTAD DE DIOS, Y PARA SU GLORIA"

El que ha recibido la enseñanza del *Catecismo de Heidelberg* reconocerá en el encabezamiento la descripción de "las buenas obras" (respuesta 91). Las buenas obras se realizan "con fe verdadera, conforme a la Ley de Dios y se aplican solamente a su gloria".

¡Es curioso que en esta descripción no aparezca por ningún lado el prójimo! Pero claro que está incluido, a saber, en "la Ley de Dios", porque el contenido principal de la Ley es: "amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos" (Mt. 22:37-40), aunque la respuesta a la pregunta de qué son las buenas obras es formulada a la luz del primer y gran mandamiento.

Eso mismo es lo que nos llama la atención en los dos ejemplos que nos da Santiago de obras de fe, tomadas de la historia de Israel. Según el criterio humanista no eran buenas obras en absoluto: ¡querer sacrificar literalmente un niño y hacer causa común con el enemigo de tu pueblo! ¡Medido según el criterio del mundo, éstas son obras muy malas! Si Santiago hubiese mencionado como ejemplos alimentar a los hambrientos, vestir a los que no tienen ropa, y dar alojamiento a los sin techo, entonces habría contado seguramente con la aprobación de todos, cristianos o no.

Por supuesto que esas son buenas obras, a las que estamos obligados para con nuestro prójimo necesitado. Pero Jesús diría: "Estas cosas las hacen también los gentiles. La justicia del reino de los cielos es mayor" (Mt. 6:32; 5:20). Esa justicia no está ajustada y regulada a la aprobación de todo el mundo, sino a la aprobación de Dios. Tiene además su origen en la fe, se somete a la voluntad de Dios – incluso cuando el Señor pide que hagamos cosas que a todo el mundo le parecen abominables –, y busca su gloria.

Si leemos en Hebreos 11 qué han hecho los creyentes de antaño "por la fe", notaremos que hay bien poco de aquello que llamamos hoy día "consideración al prójimo". Está más bien bajo el signo del cántico de Jan de Wit (un poeta holandés del siglo XX): "Por el mundo corre una Palabra
Que mueve al que la escucha:
Desarmad la tienda, póngase en camino
A la Tierra que Yo le indico."

Hoy día, cuando mandas a tu hijo a un colegio al otro extremo de la ciudad para recibir una educación cristiana, mientras hay un buen colegio, en la opinión de todo el mundo, en tu propia calle, pero que no es un colegio cristiano, entonces todos dirán que estás chiflado. No pueden apreciar ese tipo de "buena obra". ¡Pero Dios sí puede! Por eso el Catecismo expresa claramente que las buenas obras no tienen su base en la

opinión positiva de todo el mundo. ¡Nuestra motivación nunca debería ser la justificación por parte de los demás, sino por parte de Dios!

Incluso cuando el creyente hace por su fe las mismas cosas que el no creyente (por ejemplo: ayudar a los países pobres), aún así para Dios no es lo mismo, como podemos ver en Mateo 25:31-46. No os perdáis en esa porción de las Escrituras las palabras del Señor que predominan: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis (o: no hicisteis) a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (o: no hicisteis)".

NOTAS

12

En realidad Santiago 2:1 pone: "nuestro Señor Jesucristo de la gloria" (griego: "*doxè*")

La "gloria de Jehová" es la gloria con la que el Señor vivía en medio de su pueblo en el Antiguo Testamento, manifestándose en la nube, tan llena de su gloria y tan cerca (Ex. 40:34 – 35; 1 R. 8:10 -11).

También Cristo posee esa gloria (Mt. 17:2; Jn. 12:28; 17:5; Lc. 9:34 -35; 2 Co. 4:4 -6; 2 P. 1:17), y Él quiere concedernos esa '*doxè*' (Jn.17:22; 2 Co. 3:8,18).

(*Enciclopedia Cristiana*, 2ª ed. 1958, tomo III, pág.394)

13

Véase *Introducción*, párrafo "Destinatarios". Y véase el comentario sobre el capítulo 5:1 – 6.

14

"Triunfar sobre" se puede traducir también como "gloriarse de" (*Biblia Textual*).

Nuestra misericordia triunfa sobre el juicio. Es decir, nosotros podemos gloriarnos, porque por nuestra misericordia, el juicio no vino para condenación; en cuanto hacemos misericordia tanto en la congregación, como fuera de ella (Mt. 5:7).

CAPÍTULO III

3: 1-18 QUE LA SABIDURÍA DE LO ALTO DOMINE NUESTRA LENGUA

Cuando Santiago en el capítulo II pone como ejemplo a Abraham y Rahab como 'hacedores de la Palabra', el énfasis está en primer lugar en 'la Palabra' y luego en 'hacedores'. Entonces los consideraremos como cumbres de una fe que actúa. ¿Alcanzaríamos nosotros, desde la llanura de nuestra vida cotidiana, semejantes alturas?

Pero en el capítulo III Santiago desciende a nuestro nivel: todo lo que podamos y debamos hacer con la lengua. Si nuestra fe viva se revela en obras, debemos empezar con nosotros mismos. ¿Y qué hay más cercano que la lengua en nuestra boca? No olvidemos que las palabras también son hechos.

Inquieta e indomable se mueve la lengua. A través de la sociedad discurre un caudal de palabras que a los ojos de Dios parece probablemente más sucio que un río

contaminado. El que se cree religioso, pero no sabe refrenar su lengua, está lejos de "la religión pura y sin mancha" (1:26 - 27).

El que no refrena su lengua participa en la contaminación espiritual, que solamente puede ser combatida por el Espíritu Santo y por la fe, ¡ya que el Espíritu dio en el día de Pentecostés otro tipo de lenguas! No eran del tipo de fuego que inflama y hace arder al mundo y lo consume (3:5,6), sino de un fuego que ilumina y calienta los corazones, e incita al amor a Dios y al prójimo. "Sed fervientes en espíritu", escribe Pablo a la iglesia en Roma (Ro. 12:11).

En vez de las calumnias y los chismes, que tantas veces se propagan como un incendio en un pueblo, la Gran Noticia es como un Fuego que atraviesa el mundo.

El Espíritu Santo interviene en el curso de la rueda de la creación (véase más adelante el comentario sobre 3:6), que es inflamada desde el cielo y ahora rueda de generación en generación a través de la nueva historia, que empezó el día de Pentecostés y que continuará hasta el fin del mundo.

"¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?" pregunta Santiago en el versículo 3. Sabiduría, en la Biblia nunca significa erudición, conocimientos librescos, o una cuota de inteligencia. No, sabiduría en la Biblia siempre es la sabiduría que viene por experiencia, discernimiento madurado, sabiduría práctica, saber qué tienes que decir o callar, hacer o no hacer, en el momento adecuado.

Ésta es la sabiduría que edifica a la congregación y la comunidad; y es la que viene de lo alto (v.17). Toda sabiduría pedante viene de abajo y es carnal, y demasiadas veces destruye las congregaciones y la comunión fraternal (3:15 – 16).

Santiago comienza este capítulo con la siguiente amonestación: "…no os hagáis maestros muchos de vosotros" ("no aspiréis muchos a ser maestros", *Biblia Textual*); que siempre lo saben mejor, o creen que lo saben mejor que los demás, y por eso muchas veces llevan la voz cantante. ¡Mejor aprender a escuchar! Escuchar a Dios y el uno al otro.

Hace falta sabiduría de lo alto para querer seguir siendo un alumno para siempre, y no pensar que has superado el nivel de aprendizaje. El apóstol tiene que seguir siendo discípulo.

Quien presume de ser sabio y sensato, pues que lo demuestre con una conducta llena de sabiduría y mansedumbre (v.13). Ser cristiano no puede ser un papel que jugamos, o un cargo que ocupamos, sino que tiene que ser una vivencia completa, al mostrar una clara presencia del Espíritu Santo, que quiere vivir en nosotros.

Por eso la sabiduría de lo alto es, ante todo, "pura" (¡contra la contaminación espiritual!), y después "pacífica, comprensiva, dispuesta a razonar, llena de misericordia y de buenos frutos" (interés por el otro), "imparcial, sincera" (v.17, *Biblia Textual*).

Lo que queda de este capítulo realmente no necesita comentarios. Es, como Santiago ya nos tiene acostumbrados, muy rico en imágenes: freno, timón, fuego.

Un ejemplo del incalculable mal, que se extiende por todas partes por culpa de una pequeña lengua. Alguien como Hitler, encendió al mundo entero con sus discursos agitadores. Y Juan recibe en Patmos la visión de una bestia horrible que surge del mar de los pueblos, al que se le da una boca que habla arrogancias y blasfemias (Ap. 13:1 – 10).

De la misma manera que puedes domar un caballo grande con un pequeño freno, y mantener el rumbo de un barco grande con un pequeño timón, así esa pequeña lengua en nuestra boca es capaz de hacer grandes cosas, para bien y para mal. ¡Una sola cerilla tirada en un descuido puede causar un enorme incendio!

Una imagen mucho más difícil de entender es la de la rueda: "la rueda de la creación" (3:6, *Reina Valera*). *(15) La traducción católico-romana holandesa *Willebrord* pone "rueda de la vida"; y la versión popular en neerlandés *Groot Nieuws,* dice: "la rueda de nuestra existencia".

También encontramos la imagen de la rueda en los escritos rabínicos. Por ejemplo: "Una rueda hay en el mundo; no es que el que hoy es rico, mañana también lo será, o el que hoy es pobre, mañana también lo será; sino que uno hace bajar la rueda y el otro la hace subir". ¡Imagínense la noria gigantesca de la feria! El que hace poco estaba arriba, dentro de poco estará abajo, y al revés.

Con esta explicación nos acercamos a la nota que acompaña el versículo 6 en la traducción holandesa de 1657: "el curso de nuestra vida desde el nacimiento, lo cual es como una rueda, que siempre va girando, de la mañana a la noche, de la juventud a la vejez, desde el nacimiento hasta la muerte".

Pues bien, toda esa existencia giratoria, la sucesión de generaciones, puede ser inflamada por una sola palabra. "Partes enteras de la vida individual, pero también épocas enteras de la historia pueden sufrir de intoxicación y acaloramiento, originado por una sola palabra equivocada, falsa o resentida" (Smelik).

¡Recordemos una vez más los agitadores discursos de Hitler!

"Lo que sale de la boca, esto contamina al hombre", dice Jesús (Mt. 15:11), y contamina todo el entorno. ¡Contaminación espiritual!

Con una misma lengua podemos incluso bendecir a Dios y maldecir a los hombres (vv. 9,10). Y otra vez con mucha imaginación utiliza Santiago las imágenes de una fuente y un árbol. "¿Acaso puede una fuente echar por una misma abertura agua dulce y amarga? ¿Acaso puede la higuera producir aceitunas o la vid higos?" (3:12) ¿Podríamos hundirnos en nuestra vida cristiana más bajo que el nivel de la simple naturaleza? Hablar con doble sentido, ambigüedad, una falsa contabilidad, - todo eso va en contra de la confesión judeo-cristiana que "Dios es uno" (2:19). ¡Si creemos y confesamos que Dios es uno, entonces nuestra vida de fe tiene que ser igualmente íntegra! No puede ser el domingo de una manera y el lunes de otra manera. No podemos hablar de una forma en la iglesia y de otra forma en el trabajo.

"Que la sabiduría de lo alto domine nuestra lengua". Así encabezamos este capítulo.

Leyéndolo de nuevo, tranquilamente, y asimilándolo, nos llama la atención hasta qué punto las palabras de Santiago están arraigadas en el libro de *Proverbios.*

Cuán extensa y profundamente se habla allí de la Sabiduría, que es de lo alto, que nos invita y amonesta, nos protege y bendice, que predica en las plazas y nos prepara una mesa con pan y vino (véase Pr. 1 y 9).

¡Con reiteración nos advierte de los pecados de la lengua! Pero también nos muestra la bendición de una buena palabra pronunciada en el momento oportuno.

"De la boca del justo brota la sabiduría,
Mas la lengua perversa será cortada". (10:31)
"Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada,
Pero la lengua de los sabios es medicina". (12:18)
"La lengua apacible es árbol de vida,
Pero la perversidad de ella es quebrantamiento de espíritu". (15:4)
"La muerte y la vida están en poder de la lengua,
El que la ama, comerá de sus frutos". (18:21)

Si de veras esta Epístola de Santiago es el primer y más antiguo escrito del Nuevo Testamento, entonces es aun más notable que Santiago no deje el Antiguo Testamento atrás en 'la antigua dispensación', sino que lo traslada al nuevo tiempo y lo ofrece a la Iglesia de Jesucristo. ¿No ha mostrado nuestro Señor mismo, en su conversación con los dos discípulos de camino a Emaús, cómo las Escrituras del Antiguo Pacto no son solamente para Israel, sino que también en medio de su Iglesia seguirán dando testimonio de todo lo que a Él se refiere?

Aunque Santiago no lo dice en tantas palabras, ¿no podríamos ver a Jesús como la Sabiduría de lo alto encarnada? ¿Y no nos enseña esta Sabiduría el camino de la imitación?

NOTAS

15

En griego pone "*trochon tès genéseoos*", la rueda de la creación, la Biblia en holandés de 1657 escribe: de nuestra creación, y la *Biblia Textual* añade lo mismo en una nota: "de nuestra existencia".

CAPÍTULO IV

4: 1 – 10 DOS TIPOS DE DESEO

Al leer esta parte de la Epístola de Santiago nos sorprende el contraste entre: nuestro deseo (v. 2) y el anhelo de Dios (v. 5). Si es como tiene que ser, para los creyentes, ambos tienen que coincidir.

Pero, ¡parece que éste no era el caso de los lectores de la Epístola! Sus deseos les llevan a envidiarse y pelearse entre sí. Se tienen una envidia mortal. En lugar de vivir como amigos de Dios y de convivir en amistad, se han hecho amigos del mundo, pues desean lo que desea el mundo.

(4:5) También Dios desea, e igualmente con envidia. ¡Pero lo hace con un celo santo! El anhela "el espíritu que él ha hecho morar en nosotros". *(16) Como nuestro Creador y Padre tiene derecho a ello. No quiere que ese espíritu que Él hace habitar en nosotros, vaya en pos de un mundo que se opone a Él.

Toda esta sección gira alrededor de dos puntos de la Ley del Señor: el segundo mandamiento, que da testimonio del celo de Dios, y el décimo, que nos manda someter nuestros deseos y examinarlos a la luz de los deseos de Dios.

Si los deseos de Dios y nuestros deseos están totalmente enfrentados, no podemos orar como debiéramos (vv. 2 y 3).

¿No es esto un gran mal de nuestro tiempo también, que ya no sabemos orar?

No es de extrañar, dice Santiago, porque la amistad con el mundo significa enemistad con Dios. No hay nada entre medio.

Santiago también señala el remedio: someteos a Dios y resistid al diablo, en lugar de someterse al diablo y resistirse a Dios. Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros (4:8). Limpiad las manos y purificad vuestros corazones, para que no viváis con doble ánimo, para poder decir con el Salmo 27:4: "Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré". Entonces aprendemos de nuevo a orar. No como: "Señor, esto y aquello deseamos", sino de esta manera: "Señor, ¿qué quieres que hagamos?" Humillaos ante el Señor y Él os oirá y os exaltará, dándoos "mayor gracia" (v. 6).

Después de reflejar la idea principal de esta parte de la Epístola, nos vamos a fijar en los detalles. En primer lugar nos llama la atención el contraste entre el final del capítulo tres y el principio del capítulo cuatro. Es mejor leerlo todo seguido. La división en capítulos no la hizo Santiago, sino que se ha hecho más tarde y a veces de una forma bastante arbitraria. ¿Qué es lo que escribe Santiago aquí?

"El fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz" (3:18). "¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?" (4:1). Por partida doble, "la guerra" y "la paz" son contrapuestas.

El último versículo del capítulo tres se puede reproducir de la siguiente manera: "Donde reina la paz, allí se siembra justicia, y los pacificadores la cosecharán". Los pacificadores (véase Mt. 5:9), que siembran en paz, cosecharán justicia. Justicia no es algo que puedes exigir, sino algo que siembras y después de un tiempo recoges.

Así tiene que ser en la Iglesia de Cristo.

Pero la realidad que se nos presenta es muy diferente. ¡Combatir y luchar, envidiar y matar! ¡Y eso en la congregación! ¿Cómo es posible?, se pregunta Santiago. Eso no viene de arriba (3:15), sino de dentro. Viene por los propios deseos y pasiones. Podríamos volver a leer lo que ha escrito Santiago acerca de la atracción y seducción de la propia pasión en 1:14, y lo que escribe Pedro en su primera Epístola, 2:11. Santiago dice: si no tenéis lo que codiciáis, envidiáis a otros que sí lo tienen, y tánto ¡hasta pasar por encima de sus cadáveres! Pero no conseguís nada porque no oráis. ¡¿Cómo podríais orar bien en una situación semejante?! Quizá oráis, pero no recibís nada, porque oráis mal. Porque oráis solamente para satisfacer vuestros propios deseos (vv. 2-3). Dios solamente oye nuestras oraciones si pedimos algo conforme a su voluntad (1 Jn. 5:14).

Santiago caracteriza la mala oración como la oración de los adúlteros (v. 4).

¡Es realmente una caracterización espeluznante! Oración de los adúlteros. El texto original emplea aquí el término femenino: adúltera. Los profetas del Antiguo Testamento califican el pecado de Israel contra Dios igualmente de: adulterio. Porque según el lenguaje metafórico de los profetas, en el Pacto, Israel está unido a Dios en matrimonio, y obligado a serle fiel. Cuando el pueblo va tras otros dioses rompe el lazo que les une y está "fornicando", por lo que Israel es llamado "prostituta" (Os. 1:2,3 y 9:1; Ez. 16:22). Jesús ha adoptado esta metáfora y reprende a "la generación adúltera" de su tiempo (Mt. 12:39). Para Pablo, la Iglesia cristiana es la esposa de Cristo (2 Co. 11:2; Ef. 5:24 – 28), y en el último libro de la Biblia se habla de las bodas del Cordero y de su Esposa (Ap. 19:7 - 9, 21:9, 22:17). Que la vida pecaminosa del individuo se puede caracterizar también como "adulterio", lo muestra claramente el contraste en el Salmo 73:27,28: "…Tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta, pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien" (desgraciadamente, la R.V. 1995 traduce el v. 27 "apartarse", mientras que en el texto original se usa una dura expresión para prostituirse).

Quien se convierte en un amigo del mundo niega su vínculo con el Señor y con Cristo, y en su infidelidad se hace culpable de romper el Pacto. Llamados a ser amigos de Dios en el Pacto, como lo fue Abraham (véase 2:23), no podemos ser al mismo tiempo amigos del mundo. ¡No podemos poner una vela a Dios y otra al diablo! Quien quiere ser amigo del mundo se convierte efectivamente en enemigo de Dios (v. 4). Desde el monte Carmelo nos llega la voz de Elías, que grita: "¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; si Baal, id en pos de él" (1 R. 18:22). Tendremos que elegir. Elegir al mundo, significa perder a Dios. "Ninguno puede servir a dos señores", dice Jesús, "porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mt. 6:24).

Luego, citando un texto desconocido de la Palabra, escribe Santiago en 4:5: "¿O pensáis que la Escritura dice en vano: el espíritu que él ha hecho habitar en nosotros nos anhela celosamente?". Sabemos, por el segundo mandamiento de la Ley del Sinaí, que el Señor es un Dios celoso, y esto tiene que tener un significado especial para los judíos cristianos a quien Santiago se dirige. Dios tiene derecho al espíritu que puso en el hombre cuando lo creó. No soporta que otro, el mundo, o el Maligno, tuviese campo libre con ese espíritu que hay en nosotros. Dios no suelta nuestro espíritu tan fácilmente. Es de Él y para Él.

¡El "anhelar celosamente" de Dios está totalmente opuesto al "codiciar con envidia" que a menudo hay en nosotros! (véase 4:1 – 3). ¡Y cuán positivo es ese "anhelo celoso"! Dios no suelta y no abandona la obra de sus manos (Fil. 1:6). Ahí está comprendida toda nuestra redención: es la mayor gracia que Él nos da (4:6).

Del celo de Dios proceden ambas cosas: "Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes" (4:6, véase también 1 P. 5:5).

El mejor consejo que Santiago puede dar es: "Someteos, pues, a Dios, resistid al diablo, y huirá de vosotros" (4:7). Jesús llamó al diablo "el príncipe de este mundo" (Jn. 12:31; 14:30; 16:11). Él domina al mundo, y a todos los que se dejan seducir por el mundo los tiene apresados. ¿Queremos ser librados de él? ¿Somos sinceros cuando oramos: "Líbranos del mal", la oración que nos enseñó Jesús? Entonces tenemos que empezar a someternos a Dios y a su voluntad. Sólo así podemos resistir al diablo.

Qué tiernamente y alentador escribe el apóstol Juan en su primera Epístola: "…sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque nada de lo que hay en el mundo – los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida – proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Jn. 2:14 – 17).

Santiago hace un llamado poderoso a sus lectores y oyentes, a humillarse. Si se acercan a Dios en verdadera humildad, Él se acercará a ellos (4:8). Tienen que volver a aprender a orar de verdad. ¿Pero, no estará Santiago poniendo aquí las cosas al revés? ¿No nos ha enseñado Jesús: "Nadie viene a mí, si el Padre no lo trae" (Jn. 6:44)? ¿No es Dios el que tiene que dar el primer paso? ¿No tenemos que esperar hasta que le plazca acercarse otra vez a nosotros, antes de que nosotros nos acerquemos a Él?

Pero la forma de hablar de Santiago es muy bíblica. Es igual al estilo de los profetas. Dios manda a Zacarías decir: "Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros" (Zac. 1:3). Y por la boca de Malaquías dice el Señor lo mismo: ¡Volveos a mí y yo me volveré a vosotros!" (Mal. 3:7).

Así pues, se trata siempre de "volver". Hay un Pacto entre el Señor y su pueblo, en el cual Él siempre es el primero. Pero cuando hemos roto el Pacto, el volver tiene que venir de nuestra parte, puesto que nosotros le habíamos dejado. Volvemos, humildemente y arrepentidos, como es debido, a Él, que fue el primero en establecer el Pacto. Además, Él sigue siendo el primero en llamarnos para que volvamos con Él, por medio de profetas como Zacarías y Malaquías, y podríamos añadir también Santiago.

Porque con la fuerza de un verdadero profeta que llama a la penitencia clama: "Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, lamentad y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor y él os exaltará" (4:8–10).

¡Su predicación de penitencia alcanza aquí un clímax de vehemencia! En su Epístola, Santiago llama continuamente "hermanos" a sus lectores. Pero ahora no sale esta expresión de sus labios. Ahora dice: "¡Vosotros, pecadores!", y así les echa en cara sus vehementes acusaciones. Les reprocha su doble ánimo. También en esto Santiago sigue en la misma línea de los profetas, que una y otra vez tienen que exhortar al pueblo para que sirvan al Señor con un solo ánimo. No, el Señor y Baal (Elías), y no, el Señor y las riquezas (Jesús), sino "amar y servir a Jehová nuestro Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas" (Dt. 6:5).

"Limpiad las manos y purificad vuestros corazones" – aquí pensamos enseguida en la pregunta del Salmo 24: "¿Quién subirá al monte de Jehová?", y la respuesta que da a esta pregunta crítica: "El limpio de manos y puro de corazón" (Sal. 24:3,4). Y pensamos en lo que Pablo escribe a Timoteo: "Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda" (1 Ti. 2:8). "Limpio de manos" habrá sido en su origen seguramente una expresión relacionada con el culto, pero el "puro de corazón" no puede serlo en un culto de formas. Es acercarse al Señor con un corazón puro, de un solo ánimo, con manos limpias.

Reiteradamente Santiago libra una batalla en su Epístola contra el doble ánimo. Contra la separación entre: interior y exterior, fe y acto, confesar y vivir. ¿Habrá tenido en mente la bienaventuranza de su Hermano Jesús: "Bienaventurados los de limpio corazón" (Mt. 5:8)? Bienaventurados, no porque no tuvieran pecados, sino porque sirven a Dios con un corazón sincero y un solo ánimo. Con un corazón, que quiere lo único bueno, y que no se deja desgarrar entre los muchos deseos de todo tipo.

¡Imaginaos un momento esa escena entrañable en casa de Lázaro y sus hermanas! Marta anda preocupada y atareada con muchos quehaceres, pero de María nos dice Jesús: "sólo una cosa es necesaria, y ella ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada" (Lc. 10:41,42). Y David confiesa su único deseo: "Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré: que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová y para buscarlo en su Templo" (Sal. 27:4).

Cuando la predicación de penitencia de Santiago llega a su punto álgido en 4:8 - 9: "afligíos, lamentad y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro y vuestro gozo en tristeza", es como si escucháramos a Juan el Bautista, arremetiendo contra la generación de víboras (Mt. 3:7), pero también a Jesús (Mt. 12:34; 23:33). Horrorizado a causa de la risa superficial y el jolgorio mundano que hay, hasta incluso en la casa del Señor, exhorta a lamentar y llorar (v.9). No obstante, escuchamos de nuevo el sonido de las bienaventuranzas en esta llamada sombría: "Bienaventurados los que lloran, porque recibirán consolación" (Mt. 5:4). Se ha pensado, equivocadamente, que la voz de Santiago llamando a la vuelta al Señor y a su servicio, era demasiada sombría, y se echaban de menos los tonos claros del Evangelio. ¿Acaso no tenemos que pasar por la

tristeza según Dios para volver a encontrarle? “La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de lo cual no hay que arrepentirse”, escribe Pablo a la iglesia de Corinto, con la que igualmente tenía que ser muy duro (1 Co. 7:10). ¡Es para salvación! “Salvación” es aquí la última palabra, y la meta suprema de la dureza profética de Santiago, que es a la vez emoción pastoral. ¡Recomiendo leer también esos versículos tan hermosos de Isaías 61:2 y 3!

En el versículo 10 vuelve el autor al versículo 6, para así cerrar el círculo de su amonestación conmovida:

“Humillaos delante del Señor y él os exaltará”. Dios da gracia a los humildes (v.6), - pues: humillaos delante del Señor-. Dios nos saca de nuestro pedestal, - ¿queremos bajar de nuestro pedestal?-. Nos pone en nuestro lugar, abajo, para mostrarnos allí su gracia. Porque la música de la predicación de Santiago no termina aquí en clave menor, sino en mayor. ¡“Él os exaltará”!

La exaltación ya está presente, ¡pero encubierta!, en la “mayor gracia” del versículo 6 y en “la corona de vida” del 1:12, luego, cuando viene el Señor (5:8)!

Encabezamos esta sección con: “Dos tipos de deseo”.

No está bien si nuestro deseo no coincide con el deseo de Dios. Podemos aprender mucho de la manera en que Dios desea, para aplicarlo a nuestra forma de desear, ya que los versículos 5 y 6 hablan de que Él no sólo desea, sino que además da. Solo vamos a poder cumplir los deseos de Dios si vivimos de lo que Él nos da. Así nuestra vida con Dios y nuestro prójimo, no se limita a desear sino a aprender de Dios a dar también. Como en un buen matrimonio (imagen de la comunión entre el Señor y nosotros, y entre Cristo y su Iglesia), darse y desearse van unidos y entrelazados; desear y dar, así también tiene que ser en la vida dentro del Pacto con el Señor.

La adúltera infiel del versículo 4 sabe solamente vivir según sus propios deseos. El esposo y aliado fiel sabe además, y sobre todo, lo que es dar. Así se sanarán de nuevo las relaciones en la vida de la esposa de Cristo y del pueblo del Pacto.

4:11 – 12 NO ASPIRÉIS MUCHOS A SER JUECES

Este encabezamiento es analógico a 3:1: “No os hagáis maestros muchos de vosotros”. Como llevamos el querer enseñar a otros en la sangre, así también queremos juzgar y condenar a otros. Es como jugar a ser juez. ¡Vemos tan fácilmente los fallos del otro! Vemos con nitidez la paja en su ojo, pero no la viga que hay en nuestro propio ojo (Mt. 7:1 – 6). De nuevo las palabras de Santiago se asemejan al Sermón del Monte de su Hermano y Señor.

“Detractar y condenar a alguien temerariamente y sin haberle escuchado” (*Catecismo de Heidelberg*, pregunta 112) es un pecado de la lengua, sobre lo cual vuelve a escribir Santiago una y otra vez (1:19, 26; 3:1 – 12), y que es motivo de “guerras y pleitos” (4:1).

¿Qué hay detrás de ese juzgar tan severamente a otros?

Ahí está el deseo de mejorar nuestra propia imagen, a base de lo que podemos señalar como faltas en el otro. ¡Si su lado de la balanza baja, significa que el nuestro está subiendo! *(17) Cuanto más negro pintamos a los demás, más blanco destacamos nosotros. La Palabra de Dios nos enseña otra cosa: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Co. 10:12). No es un lujo superfluo leer en este contexto el Cantar del amor de Pablo en 1 Corintios 13: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta…”.

Dos veces menciona Santiago aquí al "hermano". ¡Pues no se puede combinar nunca: 'ser hermano' y 'hablar mal'! Vivimos bajo "la Ley suprema del amor" (2:8) como hermanos. Quien convive con su hermano y hermana dentro del marco de esta Ley del amor y sin embargo habla mal del otro, habla mal de la Ley y juzga la Ley.

Semejante manera de razonar encontramos en 1 Juan 1:10: "Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros".

Es la Ley de Dios, que nos juzga a nosotros y a otros, y que aprueba o desaprueba nuestros actos. ¡Dios tiene tanta paciencia! Y lo que quiere con su Ley en el Pacto es, sobre todo, salvarnos. En cuanto nosotros juzgamos impaciente y rápidamente, criticamos la Ley. Nos portamos como si tuviéramos que echarle una mano a la Ley. ¿De dónde sacamos ese atrevimiento? A nosotros no nos toca ser ayudantes de la Ley, sino ser hacedores de la Ley (1:22). ¡Hay un solo Legislador y Juez! Sólo Él tiene el poder para juzgar, para condenar y salvar. ¡Lo último va incluso delante en el v.12! A todos los que les gusta juzgar enseguida a otros, Santiago plantea esta pregunta crítica: "¿Lo hacéis realmente para salvar al otro?, ¿quién eres, para que juzgues a tu prójimo?". Es mejor que no intentemos quitarle el trabajo de las manos al Legislador y Juez celestial, ¡Él gobierna sin la ayuda de nuestras malas lenguas! ¡Temamos nosotros mismos al Juez! ¿No ha dicho Santiago un poco antes: "Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes"? Pues: "humillaos delante del Señor y él os exaltará" (vv. 6 y 10). Dejemos que Él juzgue, "pues Dios es juez; a este humilla, y a aquel enaltece" (Sal. 75:7). Y su juicio podría tener un resultado muy diferente al nuestro. Nuestro juicio de otros podría recaer como un *bumerang* sobre nuestras propias cabezas.

Hablar mal unos de otros no es precisamente síntoma de la sabiduría de lo alto, de la cual hablaba Santiago en 3:17, sino que es "terrenal, animal y diabólica" (3:15). El Catecismo habla en la respuesta 112 con muchísima razón de "obras propias del diablo", cuando se trata de detractar y calumniar. Frente a la sabiduría celestial, ¡aquí está la estupidez terrenal, no como una falta intelectual sino como un vicio pecaminoso! Una estupidez terrenal que siempre reacciona impropiamente: reír cuando hay que llorar (4:9), callar cuando hay que hablar, pero también parlotear cuando hay que estar callado (3:1; 4:11), etcétera. Es una sabiduría sin amor, que se ríe sin misericordia, que calla inhumanamente y que juzga sin amor.

4:13 – 17 GUARDAOS DE UNA PLANIFICACIÓN VANA

Santiago sigue advirtiendo contra el hablar con soberbia. Ahora se dirige a aquellos que dicen: haremos esto y haremos lo otro, "hoy y mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año, negociaremos y ganaremos, cuando no sabéis lo que será mañana". Compara la incertidumbre de nuestra vida con una neblina, que se aparece por la mañana sobre los campos, y que luego, a causa de la fuerza del sol, se desvanece repentinamente. "Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala".

El ejemplo que da Santiago aquí, parece una variante de la parábola de Jesús en Lucas 12:13 – 21, del rico insensato. Él también se entretenía con proyectos vanos: haré esto y lo otro, derribaré mis graneros y los edificaré más grandes, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: "Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; disfruta de la buena vida, descansa, come, bebe y regocíjate". Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será?"

Así como le gusta a Santiago repetir las palabras de Jesús, así también lo hace aquí con los *Proverbios*: "No te jactes del día de mañana porque no sabes qué dará de sí

el día. Alábate el extraño y no tu propia boca; el ajeno, y no los labios tuyos" (Pr. 27:1,2). En ese mismo libro hay otro proverbio muy hermoso de Salomón: "Reconócelo (a Jehová) en todos tus caminos, y él hará derechas tus veredas" (Pr. 3:6), lo que quiere decir: implica al Señor en todos tus proyectos, consúltalo acerca de tus planes en oración, "y él hará derechas todas tus veredas": aunque no sepas cómo será el resultado, Él te hará siempre un camino por donde andar.

Planificar forma parte de la esencia de un hombre responsable. La planificación conecta el día de hoy con el futuro. Un proyecto atrae, inspira, proporciona resorte y horizontes. A pesar del margen de riesgo imprevisto, el hombre continúa haciendo planes. Y eso es bueno.

¡Pero el sentido de responsabilidad tiene que ir acompañado del sentido de dependencia! Saberse dependiente de la planificación de Dios no trastorna nuestra planificación, al contrario, la profundiza. Nuestra dependencia de Dios sí da al traste con la seguridad que tenemos en nosotros mismos, y con la fanfarronería de: haremos esto y lo otro.

Por eso Santiago nos enseña a decir: "Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello" (v.15). *Deo Volente*, si Dios quiere. Muchas veces utilizamos esta expresión, por comodidad, automáticamente y sin pensarlo demasiado. ¿Hablamos en serio cuando añadimos sin cuidado "si Dios quiere", a nuestros comunicados y anuncios? ¿Y estaríamos dispuestos a aceptar que el Señor no quiere que vivamos o hagamos tal o cual cosa? ¡En la Biblia no aparece tan a menudo "si Dios quiere"! Por eso, las pocas veces que lo encontramos, nos llama mucho la atención.

Pablo se despide de los hermanos en Éfeso con estas palabras: "Otra vez volveré a vosotros, si Dios quiere" (Hch. 18:21). Y a la iglesia de Corinto escribe: "Pero iré pronto a visitaros, si el Señor quiere" (1 Co. 4:19). Y cuando el autor de la Epístola a los Hebreos se dispone a enseñar a sus lectores acerca de la perfección, añade: "y esto haremos, si Dios en verdad lo permite" (He. 6:3).

En cuanto al último versículo de esta sección, podríamos preguntarnos si realmente tiene que ver con lo anterior. "El que sabe hacer lo bueno y no lo hace, comete pecado" (v.17). No obstante, está claro que tiene relación con lo que precede, puesto que la advertencia de Santiago en contra de una vana planificación es doble. Una planificación vana podría consistir en: decir con ligereza que mañana o pasado nos vamos de viaje, sin saber si estaremos vivos. Por otro lado podría ser: aplazar hasta mañana lo que Dios quiere que hagamos hoy mismo, si ni siquiera sabemos si mañana estaremos allí para poder hacerlo. Esta es la doble cara que tiene una vana planificación. Como tantas veces ocurre en la Biblia, también aquí se nos muestran "los dos caminos". Un camino nos lleva a lo bueno, a lo que Dios quiere de nosotros, a donde Él nos llama y para lo que nos prepara. Ése es el camino por lo cual podremos dar frutos, en beneficio de otros y de nosotros mismos.

El otro camino es el camino de nuestro egoísmo. Por allí van todos los proyectos que giran alrededor nuestro. Nuestro provecho, nuestro beneficio, nuestro disfrute. Tarde o temprano todo eso se vendrá abajo. Ocupados con nuestros planes, se nos olvidó lo dependientes que somos de la mano de Dios, y además dejamos de hacer lo que Dios nos mandó hacer sin demora, ¡antes hoy que mañana!

Aquel que es formidable en hacer planes en beneficio propio, muchas veces no es capaz de mover un dedo para hacer lo que Dios le pide. Nuestros proyectos audaces van a veces mucho más allá de la capacidad que tenemos, ¡mientras que no hacemos lo que sí está a nuestro alcance: lo bueno!

¿Dónde se hallan los mayores riesgos? ¡No en los viajes, sino estando en casa! Cuando tú te quedas pegado a tu silla, mientras el Señor te llama para hacer bien, sirviendo al prójimo, en la Iglesia y en el Reino de Dios. Es el gran riesgo de saber lo que es bueno, y no hacerlo. ¡Y aquí es donde vemos otra vez el hilo conductor que atraviesa toda la *Epístola de Santiago*!

No te puedes cubrir contra ese riesgo, porque es pecado. Y contra el pecado uno no se puede asegurar, solamente se puede convertir. Haz lo bueno, y no aplaces hasta mañana lo que Dios te manda hacer, y Él guardará tu salida y tu entrada, desde ahora - ¡desde hoy! – y para siempre. ¡Porque entonces nos encontramos en ese único camino que conduce a la vida! (Sal. 121:8)

¡Que no vivamos nunca de tal manera como si hubiésemos tomado nuestra vida en nuestras propias manos, en lugar de creer que hemos recibido la vida de la mano de Dios!

NOTAS

16

¿El Espíritu Santo o el espíritu humano?
Es posible que sea el Espíritu Santo; entonces el sentido del texto sería que podemos apagar su Espíritu (1 Ts. 5:19). Pero queda más clara la apelación cuando pensamos (junto con H.J. Jager y muchos otros) en nuestro espíritu humano. Isaías 42:5: "…El que da aliento al pueblo que mora en ella (la tierra) y espíritu a los que por ella caminan…". La idea principal es la misma en ambas interpretaciones. (G. van den Brink, *De brief van Jakobus,* ed. Kok, Kampen, 2002, pág. 116).
La *Biblia Textual* dice: "el espíritu que puso en nosotros…".

17

La *Reina Valera 1995* utiliza en 4:11 tres veces el verbo 'murmurar'. La *Biblia Textual* lo expresa mejor: "no habléis mal unos de otros". La palabra griega *'katalalein'* que usa Santiago en este versículo significa literalmente: "hablar para que baje".
Véase también A. Motley, op. cit., pág. 157.

CAPÍTULO V

5:1 – 6 "AY DE VOSOTROS, RICOS" (Lc. 6:24)

¿Acaso Dios tiene algo en contra de los ricos?

Pero Abraham era un hombre rico, y sin embargo un amigo de Dios; y Job era rico, y aún así un hijo de Dios. Jesús se hizo servir por mujeres ricas, y en su muerte estaba con los ricos. Aunque también ha dicho que para un rico es muy difícil entrar en el Reino de Dios. El joven rico no pudo, tenía demasiado apego a sus posesiones. No obstante, Jesús lo amó (Mr. 10:17 – 27).

También Pablo ha señalado el gran peligro de la riqueza (1 Ti. 6). No hemos traído nada al nacer, y no podemos llevarnos nada al morir. Teniendo sustento y abrigo, tenemos que estar satisfechos. Los que quieren ser ricos, caen en tentación, según Pablo. Y con esta palabra 'tentación' nos acordamos de lo que ha dicho Santiago en el primer capítulo de su Epístola acerca de la tentación y la prueba. Está claro que Santiago no pierde el hilo de su Epístola, aunque al leer, a veces nos da la impresión que salta de una

cosa a otra. En su capítulo final nos muestra cómo los ricos caen en muchas tentaciones (vv. 1–6), y dónde se halla la tentación para los pobres (vv. 7–11).

Pero antes escuchemos un poco más a Pablo:

"Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hunden a los hombres en destrucción y perdición, porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron atormentados con muchos dolores". Y manda a Timoteo lo siguiente: "A los ricos de este mundo manda que no sean altivos ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia, para que las disfrutemos. ¡Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos y generosos! De este modo atesorarán para sí buen fundamento para el futuro, y alcanzarán la vida eterna" (1 Ti. 6:7–10; 17–19).

Leemos en la *Epístola de Santiago* cosas muy parecidas sobre la riqueza, en el mismo espíritu en que habla Pablo, y también vemos de nuevo una estrecha relación con el libro de *Proverbios*. ¡Hay una gran cantidad de proverbios dedicados a la relación entre ricos y pobres! Aquí siguen algunos ejemplos:

"El pobre habla con ruegos;
el rico responde con dureza." (18:23)

"Las riquezas atraen muchos amigos,
pero el pobre, hasta su amigo es apartado." (19:4)

"El pobre y el usurero tienen en común
que Jehová alumbra los ojos de ambos." (29:13)

También escuchamos en la *Epístola de Santiago* otra vez ecos del Sermón del Monte: "Pero ¡ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo" (Lc. 6:24), y ¿quién no piensa en la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro? (Lc. 16:19 – 31); y luego también en lo que Jesús nos enseña sobre el verdadero tesoro:

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen y donde ladrones entran y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mt. 6: 19 – 21).

Evidentemente, el "ay de vosotros" no se aplica a todos los ricos, como tampoco la bienaventuranza de Mateo 5:3 es aplicable a todos los pobres. Decisivo es cómo uno se ha enriquecido, y qué es lo que hace con sus riquezas. Pablo señala claramente que Dios da a los ricos lo que tienen, pero para utilizarlo, y no para acumularlo; precisamente los ricos tienen muchas posibilidades para ser generosos y dadivosos, haciendo bien. ¡Lo más bonito que se puede decir de los ricos, es que son ricos en buenas obras! (1 Ti. 6:17,18).

¡Pero en las congregaciones a las cuales Santiago escribe, hay por lo visto ricos muy distintos que llevan la voz cantante! No debemos generalizar su sermón de penitencia en contra de los ricos, porque va dirigida sobre todo a un tipo de ricos muy especial. Menos mal que también hay otros, como Job, y José de Arimatea y tantos otros.

En el capítulo 2 ya se ha dicho que los ricos, de quienes y en contra de quienes habla esta Epístola continuamente, formaban parte del círculo de lectores, o sea, de las congregaciones, por muy improbable que parezca que estas situaciones desproporcionadas entre ricos y pobres se produjesen en la congregación. Pero basta leer algo sobre la historia de la Iglesia para ver que no solamente llama la atención hacia desviaciones en la doctrina, sino también hacia vidas desviadas de forma vergonzosa.

Se ha querido situar a los ricos del capítulo 5 fuera de la congregación, porque no serían ellos, sino los pobres oprimidos en el v. 7, quienes son llamados "hermanos". Pero entonces no se fijan en que Santiago se dirige a los ricos en 2:5 como "hermanos míos amados", ya que en el v. 6 les recrimina que hayan tratado mal a los pobres, e incluso los hayan arrastrado a los tribunales.

¡Precisamente por eso Santiago se dirige a ellos en el capítulo 5 en un tono tan áspero! ¡Porque forman parte de la congregación! Profetas como Isaías (por ejemplo 10:2) y Amós (por ejemplo 4:1) son también muy duros con los ricos por su mala conducta en medio del pueblo del Pacto del Señor. Porque forman parte, ¡eso hace su pecado mayor!

¿Qué es lo que los ricos de Santiago 5 hacen mal?

Tres cosas: económicamente, acumulan su dinero (5:2,3)
socialmente, tratan mal a sus obreros (5:4)
religiosamente, hacen todo esto, ¡cuando son los últimos días! (5:3)

Se comportan como si no tuviesen que rendir cuenta de la manera en que han adquirido sus riquezas y cómo las manejan, ante el Juez que está delante de la puerta (vv. 7–9).

"Los días finales" son los días, los tiempos, entre la Ascensión de Cristo y su segunda venida (véase por ejemplo Hechos 2:17). Nadie sabe cómo de largo o corto será ese tiempo. Aunque posiblemente los primeros cristianos esperaron la venida del Señor mucho antes, eso no quita que ellos, tanto como nosotros, vivían en los días finales.

Lo importante para Santiago aquí es que sabiendo por medio de la fe que vivimos en los últimos tiempos, esto lo relativiza todo. Adversidad y prosperidad, riqueza y pobreza pierden su importancia a la luz del Fin que se acerca. Lo que hoy nos hace sentir ricos (¡y para eso no hace falta mucho dinero!), lo podemos perder en cualquier momento. Santiago ya aludió a ello, cuando hablaba de una vana planificación (4:13 – 17). En todo lo que emprendemos, tenemos que tener en cuenta que: si el Señor quiere, viviremos y haremos esto y lo otro. "El tiempo es corto, la apariencia de este mundo es pasajera; que sean, pues, los que compran, como si no poseyeran" (1 Co. 7:29–31).

¡Santiago ve a los ricos a la luz del día del Juicio venidero! ¿Y qué aspecto tienen sus ropas de lujo? ¡Están comidas de polilla! ¿Y qué tal su oro y plata? ¡Enmohecido!

Y el moho testificará contra ellos. ¿Por qué? Porque se enmohece lo que no se utiliza bien y de forma continuada, lo que no pasa por las manos y no está circulando a diario. Los ricos a quien Santiago se refiere, han retirado su dinero de la circulación, lo tienen amontonado para sí mismos. ¡Por eso vendrá un día en que el moho testificará contra ellos!

A causa del testimonio agravante del moho, también su carne va a verse afectada, por el fuego. El siervo del dios de las riquezas, perecerá en el fuego del Juicio de Dios, junto con su ídolo. Ése es el destino de todos aquellos (y no son solamente paganos) que sirven a los ídolos: perecerán juntamente con los dioses a los que se aferraban hasta el último momento, y en los que habían puesto toda su esperanza, vv. 2-3.

Uno vive en un peligroso mundo de sueños, si empieza a acumular riquezas en los días finales (v. 3). Si se ríe, cuando hay que llorar, y se ensoberbece, cuando ya es hora de humillarse ante Dios (4:9,10). ¡Conozca su tiempo!

Una gran injusticia social que clama al cielo: ¡los ricos retienen el jornal de los obreros que segaron sus campos! Esto no pasa desapercibido para el Señor. El clamor

de los oprimidos llega a los oídos del Señor de los ejércitos (*Sabaot*). *(18) Con este nombre llaman a Dios cuando se trata de su omnipotencia. ¡Él interviene! No deja que opriman a sus pobres hijos. Tarde o temprano los opresores lo experimentarán. ¿No salió el Señor ya a la defensa de los que carecían de derechos en las leyes que dio a Moisés?

"No oprimirás a tu prójimo ni le robarás. No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana siguiente" (Lv. 19:13).

"No explotarás al jornalero pobre y necesitado,…En su día le darás su jornal y no se pondrá el sol sin dárselo; pues es pobre, y con él sustenta su vida. Así no clamará contra ti a Jehová, y no serás responsable de pecado" (Dt. 24:14,15).

Moisés termina este capítulo de Deuteronomio diciendo: "Acuérdate que fuiste siervo en Egipto. Por tanto, yo te mando que hagas esto" (Dt. 24:22). Los derechos de esclavos y jornaleros por un lado, y las obligaciones de los amos en Israel por otro lado, tenían su fundamento en la liberación por gracia de la casa de servidumbre, que era Egipto. Por lo que son derechos y obligaciones del Pacto, registradas por Dios en su libro del Pacto.

Por eso es vinculante para todos en Santiago 5, ricos y pobres, ya que todos proceden del antiguo pueblo del Pacto. ¡Pero el nuevo pueblo del Pacto, la Iglesia de Cristo, no debe pensar que está exenta de tales disposiciones del Dios del Pacto! ¡El Señor de Sabaot pedirá cuentas!

Se hará evidente que los que en la tierra vivieron rodeados de lujo a costa de los pobres, han engordado su corazón como en día de matanza. ¡Sufren de "esclerosis del corazón"! Hacen caso omiso de Dios y de su prójimo, igual que el hombre rico de la parábola de Jesús. Engordados como cerdos para el día de la matanza. Esa forma de hablar de Santiago no es que digamos muy refinada, y nos recuerda el lenguaje rudo de Amós.

¿Pero, no hay razón para ello? ¡Han condenado al justo, le han asesinado! El justo es aquel hombre absuelto por Dios, libre de toda culpa, ¡y atentan contra él, el preferido de Dios! Y no opone resistencia (v. 6). Nadie protesta. La justicia tropieza en las calles de… "Jerusalén". Eso es lo peor. No es de extrañar que Santiago ponga como un profeta el grito en el cielo. Sin temor a nadie, sin dar coba a nadie (véase una vez más el capítulo 2), denuncia los terribles pecados que hay en las congregaciones. Hay que cortar por lo sano, de lo contrario empeorarán las cosas. Santiago ha aprendido de su Hermano Jesús, el médico divino, que sólo el cuchillo afilado de dos filos, que es la Palabra de Dios, puede cortar en la carne corrompida y salvar el cuerpo, el cuerpo de Cristo, la Iglesia.

5:7 – 11 ¡PACIENCIA, HERMANOS!

¡Cuán pastoral y cariñoso suena ahora la voz de Santiago, después del ardor profético que encendió sus palabras justo antes! Hasta tres veces repite aquí: "hermanos". Seguro que, siendo oprimidos, tienen necesidad de que les llame y anime así. Vemos aquí la otra cara de la sección anterior, que iba en contra de los ricos injustos. Las dos secciones están unidas por las palabras "por tanto". "Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor" (v. 7). La misma conexión encontramos en Amós 5:12 y 13: "sé que afligís al justo, recibís cohecho y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres. Por tanto, el prudente en tal tiempo calla, porque el tiempo es malo".

En la congregación y en la predicación no tenemos elección entre protestar de forma vehemente contra la injusticia reinante, o animar a tener paciencia a los oprimidos. Ambas reacciones salen de la boca de Santiago, y para ambas tiene que haber un lugar en la comunidad cristiana. Sin hacer oír la protesta profética contra la injusticia, animar a tener paciencia suena inverosímil.

Santiago insta a los oprimidos a "tener paciencia", a sufrir. La palabra griega (*makrothumeoo*, empleada cuatro veces en los vv. 7, 8, y 10) significa realmente: contener la ira, saber dominarse. Pues así eres más fuerte que el conquistador de una ciudad, leemos en Proverbios 16:32. ¡Obviamente, sufrir no es ninguna señal de debilidad, al contrario, es señal de fuerza! De la fuerza de nuestra fe, si tenemos paciencia hasta la venida del Señor. Porque entonces no nos conformamos pasivamente con las cosas, sino nos extendemos activamente, en fe, al Día del Señor; pues Él hará justicia. La impaciencia precisamente es señal de debilidad y falta de fe y confianza, porque no podemos esperar hasta la venida del Juez; nosotros mismos intervenimos y buscamos nuestra justicia. En el marco del Reino de Dios que se acerca, nuestro sufrir y esperar en fe no tiene nada de resignación pasiva, sino todo de una preparación activa para el Día que viene.

A los obreros oprimidos se les pone su propia labor en el campo como ejemplo: "Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana (octubre o noviembre), y la tardía (marzo o abril)". Sería descabellado esperar el fruto antes. ¡Y el labrador tampoco puede hacer venir la lluvia! Está en su poder retener el jornal de sus obreros, pero no puede hacer nada cuando Dios retiene la lluvia.

"Tened también vosotros paciencia", dice Santiago, "afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca" (5:8). En realidad dice: "se ha acercado". Esto precisamente es lo que puede afirmar nuestros corazones. El Juez celestial se encamina al Juicio final, mientras está obrando por medio de juicios y castigos que afectan al mundo entero (¡véase el último libro de la Biblia!).

Por lo visto los lectores de la *Epístola de Santiago* están viviendo un tiempo de prueba. El encabezamiento de la Epístola ya apuntaba a estas circunstancias (1:2–4). Es muy fácil que surjan disputas en el círculo de los oprimidos. Empiezan a quejarse y a renegar. A causa de la tensión, se vuelven nerviosos e injustos en el trato con los demás. ¡Cuántas veces no ha murmurado Israel en el desierto!, injusta e impacientemente, contra el Señor, contra Moisés, y unos contra otros. Hermanos, no suspiréis, no protestéis, no os quejéis, no reneguéis, - porque si no, también vosotros corréis el riesgo de ser condenados (v. 9)-. Bajo el juicio de Dios no hay acepción de personas (Stg. 2): Él juzga tanto a los oprimidos como a los opresores. Sólo hay que leer cualquier historia fidedigna sobre las condiciones en los campos de concentración del nazismo, para saber contra qué previene Santiago aquí. La falta de amor no se hallaba solamente entre los opresores, sino también entre los oprimidos. ¡Tengamos presente que el Señor está delante de la puerta! Esto no pretende ser tanto una amenaza, sino más bien un estímulo: se puede aguantar todavía, ya que el Fin está cerca.

"Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. Nosotros tenemos por bienaventurados a los que sufren" (vv. 10-11). La traducción por "sufrimiento" de la *Biblia Textual,* es mejor que "aflicción" en la *Reina Valera 1995*. "Sufrimiento" refleja mejor el significado de la palabra griega *kakopatheia*, y es más apropiada en el contexto de la frase. Los profetas que hablaron en nombre del Señor no sólo experimentaron aflicción o pena a causa de ello, sino que sufrieron realmente mucha violencia; pensad en Jeremías (Jer. 38), al que metieron en la cárcel, igual que a Juan el Bautista; pensad en Elías y Amós, que fueron

perseguidos y tuvieron que huir. Pero, tenemos por bienaventurados a los que sufren, o a los que se mantuvieron firmes (*Biblia Textual*). En realidad significa la palabra griega *hypomeinantes*: (a los que) "continuaron firmes bajo" (el peso de la adversidad). No abandonaron su cometido, no se dieron por vencidos, y aunque un hombre como Elías lo tuvo muy difícil, se mantuvieron firmes, cumpliendo su cometido.

Si los lectores de la *Epístola de Santiago*, judíos de nacimiento y educados como tales, aprendieron a llamar bienaventurados a los profetas de antaño, entonces ahora tienen que seguir su ejemplo.

Como ejemplo de estas personas ejemplares menciona Santiago finalmente a Job. ¡Seguro que han oído hablar de la perseverancia de Job! ¡Cómo ese hombre, en su condición de hijo de Dios, ha sido tentado por el diablo y probado por Dios! (Véase otra vez la relación con 1:2–4 y 12–15) Pero: "habéis visto el fin que le dio el Señor, porque el Señor es muy misericordioso y compasivo" (5:11). *(19)

¿Es Job realmente un buen ejemplo? ¿Acaso no maldijo el día en que nació? ¿Y no defendió su derecho frente a sus amigos? ¿Y no mantuvo una disputa con Dios? ¡Pero, se muestra precisamente en esto que no ha soltado a su Dios! Prefirió perseverar en el enigma de su sufrimiento, antes que seguir el camino de las explicaciones baratas de sus amigos. Prefirió luchar con Dios y los hombres, antes que dejarse tentar para hablar de forma insincera de sí mismo y ser injusto para con Dios. En medio de la dura tentación, el ojo de Job estaba fijo en su Juez y Salvador celestial.

Y cuando nos fijamos en el fin del calvario de Job, – igual que un quejica como Asaf también tuvo que aprender a fijarse en el fin (Sal. 73:17) –, entonces vemos cuán rico en misericordia y compasión es el Señor, cuando hace justicia a su siervo e hijo Job delante de Satanás y delante de sus adversarios.

¡Fijaos en el fin! ¡Esperad la venida del Señor con paciencia! ¡El Juez está delante de la puerta! ¡Fijaos!, pobres y oprimidos, ¡ahí viene un Dios rico!, con su corazón y sus manos colmados de misericordia y compasión para con vosotros.

5:12, 13 APELACIÓN A DIOS

Es de suponer que Santiago se dirige a los oprimidos, cuando dice encarecidamente que no juren en absoluto, "ni por el cielo ni por la tierra ni por ningún otro juramento" (v. 12). Ocurre fácilmente que, bajo la presión de un trato injusto, utilicen la queja contra los demás para desahogarse (vv. 7–11), pero también que tomen el nombre de Dios en vano, sobre todo cuando juran en vano.

Su rechazo del juramento es, palabra por palabra, casi idéntico al de Jesús en el Sermón del Monte (Mt. 5:33–37). Para un buen entendimiento hay que conocer algo más de la práctica del juramento en Israel en tiempos de Jesús y Santiago. Habían ingeniado una manera para no nombrar a Dios en el juramento, pero juraban por el cielo, o por la tierra. Eso era más prudente, porque así no podían ser acusados de tomar el nombre del Señor en vano. ¡Como si el cielo y la tierra no tuviesen nada que ver con Dios! ¿No es el cielo su trono y la tierra el estrado de sus pies (Is. 66:1; Mt.23:20 – 22)? ¿Hay acaso algún lugar o algún momento en que un hombre no se encuentre con sus juramentos en la santa presencia de Dios?

Santiago piensa aquí sobre todo en el abuso del juramento dentro de la congregación, y no en el uso legítimo del juramento que fortalece la justicia, ante el juez, en el servicio militar y en el servicio al Estado como cargo público. No obstante, en la congregación el juramento no tiene razón de ser. En las situaciones ya mencionadas, el juramento todavía es necesario por la influencia y el poder que ejerce allí en muchos sentidos el príncipe de este mundo, que es el padre de la mentira. Pero en

la congregación es donde reina Cristo, donde todos juntos confesamos el Nombre de aquél que ha dicho: "Yo soy la verdad" (Jn. 14:6); por lo que en la congregación nuestro "sí" tiene que ser sí, y nuestro "no", no. Y todo lo que sobrepase esto, es cosa del maligno. Para creyentes no hay ninguna línea de separación, entre un terreno donde se impone el nombre de Dios, y otro donde su nombre no tiene validez. A lo largo de toda su Epístola, Santiago ha luchado contra una separación y división fatal de la vida cristiana, y también lo hace en estos versículos. ¡En particular cuando usamos nuestra lengua (3:1–12) tenemos que ser conscientes en todo momento que estamos en la presencia de Dios!

Pero se halla un gran consuelo en saber que te encuentras en la presencia de Dios. Por eso, Santiago señala un camino mejor a los oprimidos y angustiados: el camino de la apelación a Dios, ¡el camino de la oración! ¡Podemos acercarnos libremente al trono de la gracia y de las oraciones (He. 4:16)! No tenemos que quejarnos unos a otros, sino llevar nuestros suspiros ante el Señor. No tenemos que jurar por el trono de Dios, sino levantar la mano con reverencia al trono del Señor. *(20) Eso es lo que ayuda. Eso es lo que aligera el corazón apesadumbrado y ensancha la mente apurada. Orar, y en todo estar alegre y cantar alabanzas (v. 13).

"El Señor está cerca. Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4:6,7).

¿Es posible, eso de "con acción de gracias"? ¿No será mejor esperar a que hayan cambiado nuestras circunstancias? ¡Pero Pablo y Silas, a medianoche en la cárcel, oraban y cantaban himnos a Dios (Hch. 16:25)! Para cantar alabanzas a Dios, ¡no esperaron a que se abrieran las puertas de la cárcel!

5:13 -18 EL PODER DE LA ORACIÓN

Santiago continúa con el tema de la oración. Es un tema que le llega al alma y a lo que vuelve una y otra vez en esta Epístola (1:5–8; 4:2-3; 5:13–18), como también su Maestro tiene pasajes importantes sobre la oración en el Sermón del Monte (Mt. 6:5 – 15 y 7:7–12).

Un tipo de oración especialmente hermoso es la oración de intercesión. Es una expresión de la relación triangular que se da en el Pacto: amar a Dios sobre todas las cosas (el vértice superior), y a tu prójimo como a ti mismo (los dos vértices de la base del triángulo). El creyente que ora, nunca está solo ante Dios en la oración, siempre está acompañado por su prójimo. El Señor hace siempre está pregunta: Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?

Santiago saca a colación la oración de intercesión por los enfermos en la congregación. Si hay alguien gravemente enfermo, pueden llamar a los ancianos de la iglesia para que oren "sobre" el. La traducción española de la palabra griega "*epi*" dice "por", aunque *epi* significa en primer lugar "en dirección a". Y desde luego, esa oración es en beneficio del enfermo, pero traduciéndolo "sobre" indica una situación en que el enfermo esté tan mal, que los ancianos pronuncian una oración sobre su cuerpo debilitado y demacrado.

"Anciano" era en la sinagoga judía el título que daban a los dirigentes, y nosotros hemos tomado este mismo título para los que dirigen la congregación. El enfermo los puede llamar para que vengan, porque ¿para qué tendría que preocuparse

solo en su inquietud y necesidad? ¿No forma parte de una congregación que ora con y por él, y lo quiere hacer particularmente por medio de sus oficiales?

No se trata aquí de personas con dones especiales para la oración, pero quizás sí con el don de sanar por medio de la oración. Santiago dice simplemente "los ancianos", que recibieron de Dios un oficio y servicio en la congregación. Oficio significa ser llamado por el Señor para servir a la congregación. A ellos, los oficiales de la iglesia, se les puede pedir que vengan.

¿Qué es lo que van hacer estos ancianos con el enfermo? Van a orar y ungirle con aceite en el nombre del Señor (v. 14). La oración va unida a una acción. El anciano hace dos cosas: abrir su corazón ante Dios y extender su mano al enfermo. Solemos utilizar muy poco las manos, mientras que con el corazón sí simpatizamos. ¡Pongamos, por un momento, la mano en la cabeza del enfermo! Consolándolo y bendiciéndolo, en el nombre del Señor. Igual como Jesús puso las manos sobre los niños y los bendijo (Mt. 19:13–15). ¿No tenemos muchas veces un poco de miedo al contacto físico? ¿Por qué imponemos las manos para bendecir a los ministros en su ordenación?, y ¿por qué no lo hacemos en la ordenación de ancianos y diáconos?; ¿por qué se hace en la celebración del matrimonio?, ¿y no en la confirmación de nuevos miembros que acaban de hacer profesión pública de su fe? ¿Y por qué no lo hacemos con los enfermos? ¿No son ellos los que lo necesitan más que nadie?

El acto con el aceite de la unción indica que era un medio para mitigar dolor y sanar heridas (véase Is. 1:6 y Lc. 10:34). En Marcos 6:13 leemos también que los discípulos de Jesús ungían con aceite a los enfermos. *(21) Al parecer era una antigua tradición entre los rabinos.

Podemos recordar aquí también el uso de la unción en Israel en el caso de un llamamiento especial, como profeta, sacerdote y rey. En ello está comprendida la promesa de fuerza de lo alto y capacitación para cumplir el llamamiento. Podemos aplicar esto igualmente a los enfermos: el hombre tan débil en sí mismo es levantado y capacitado de nuevo por el Espíritu del Señor, para hacer aquello a lo que fue llamado (Hch. 10:38; 2 Co. 1:21,22).

Ungiendo a los enfermos con aceite se convierte, por así decirlo, en una oración visual: "que el Espíritu del Señor lo vuelva a levantar y capacite para su servicio". ¡Cuán alentador para el enfermo! Él o ella, ¡siente como si fuesen la mano del Señor y el poder del Espíritu físicamente en su cuerpo!

La iglesia católico-romana ha basado el sacramento de la extremaunción en este pasaje. Lo que extraña bastante es que se haya convertido en un sacramento para moribundos, mientras que Santiago habla tan claro de que los enfermos se vuelvan a levantar.

Pero no solamente Roma, sino también el movimiento de la "sanidad por medio de la oración", han encontrado en Santiago 5 fundamentos para su doctrina y práctica.

Con todo, hay que considerar lo siguiente con mucha atención:

- Dios no ha entregado estos dones para que los tengamos a nuestra disposición, como un medicamento preparado para administrar; podemos poner la necesidad del enfermo en las manos de Dios por medio de la oración, pero nunca podemos disponer sobre las manos de Dios.
- Santiago no evoca con sus palabras un gran acontecimiento público y sugestivo de sanidad, sino más bien un acto tranquilo, y con orden, en la habitación de un enfermo.
- La oración no debe degenerar en el uso de la sugestión, manipulando así a las personas emocionalmente sensibles, como son muchos enfermos.

- La oración puede mucho, según Santiago, pero no todo (v.16), y solamente porque Dios la otorga fuerza de lo alto.

Santiago relaciona enfermedad con pecado (vv.15, 16), ¡pero no es una relación automática, que tiene que darse siempre en cada enfermedad y cada enfermo! Jesús advirtió contra eso cuando estaba a punto de sanar al ciego de nacimiento (Jn. 9). Cuando sus discípulos le preguntan: "¿Quién pecó, el hombre o sus padres, para que haya nacido ciego?", contesta Jesús: "Ni éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él", es decir, en el hecho de ser sanado por Jesús. Sin embargo, igual que en Marcos 2:10 y 11, con el paralítico que es sanado, la sanidad y el perdón son considerados como una sola revelación del poder de Dios para salvar. ¿Y quién quiere negar que los pecados sin confesar puedan impedir que una persona se sane o, en todo caso, que la oración por la curación sea paralizada? En el Salmo 32 David declara que estaba enfermo y angustiado mientras no confesaba su pecado: "Mientras callé se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día, porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano." Y aquí viene: "Mi pecado te declaré y no encubrí mi iniquidad (por más tiempo). Dije: "confesaré mis rebeliones a Jehová"…. Y ve: "tú perdonaste la maldad de mi pecado."

Que no siempre haya una relación entre una enfermedad en concreto y un pecado en concreto en la vida del enfermo, se deduce de las palabras prudentes con que Santiago se expresa (v. 15): "y si ha cometido pecados, le serán perdonados." Desde luego, hay que pensar aquí otra vez en los ancianos, que hagan esto.

Por otra parte, el siguiente versículo está planteado de una forma tan general que de ello no se puede deducir la confesión y absolución por un "religioso": "Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados." Con esto querrá decir: que si hemos pecado contra alguien, que se lo confesemos y que él nos libre de esa culpa, perdonándonos. La curación puede ser estimulada notablemente por semejante confesión de culpa y perdón recibido.

Siendo protestantes, no conocemos la confesión y absolución católico-romanas, y entre los católico-romanos están cayendo cada vez más en desuso. En sí, esto no tiene mucha importancia si fuesen sustituidos por la confesión mutua y perdonarse unos a otros. Para ello no dependemos de los "religiosos", en la Iglesia de Cristo estamos asignados para ayudarnos los unos a los otros, y necesitamos los unos de los otros para el cuidado pastoral. Cierto, podemos confesar nuestros pecados directamente a Dios y ser asegurados de su perdón. Pero con razón señala Santiago también la posibilidad de confesar y perdonarnos mutuamente. Así sabemos que en el otro, nuestro hermano en la fe, está Cristo presente.

Cuando Santiago escribe que "la oración (eficaz) del justo puede mucho" (v. 16), se refiere con "justo" no a una persona superpiadosa, sino a ¡un hijo de Dios, que le escucha, que toma su Palabra en serio, y que le recuerda a Dios sus promesas! Elías era un justo así, y oraba así. ¡Oró para que no lloviera, y no llovió durante tres años y medio; y oró otra vez, y el cielo dio lluvia!

La oración de Elías por la lluvia (1 R. 18:41 ss.) nos es más conocida que su oración por la sequía. ¿Cómo pudo orar por semejante desastre? Leamos en este contexto Deuteronomio 28, ese capítulo tremendo sobre las bendiciones y maldiciones vinculadas al Pacto. Si Israel no escucha la voz del Señor y no procura cumplir todos sus mandamientos y estatutos, vendrán las siguientes maldiciones sobre el pueblo y lo alcanzarán (v. 15), entre las que figura la sequía (v. 22). Pues bien, Elías contempla todos los días las aberraciones tremendas de su pueblo, hasta incluso el culto de Baal, ¡y

al mismo tiempo están viviendo un período de gran prosperidad! Para Elías esto es irreconciliable, sobre todo por lo que dice Deuteronomio 28. Allí abre las Escrituras y en su oración urge al Señor, recordándole sus propias palabras: "Lo has dicho tú mismo Señor, aquí y allí… ¿cómo es posible entonces que tu pueblo disfruta de prosperidad, mientras sirven aparte de ti también al Baal, y pisan tus mandamientos?"

¡Así es la oración del justo! Los ojos abiertos a la situación real y concreta, teniendo la Biblia abierta, y presionando a Dios para que muestre que cumple su Palabra.

Pero cuando el pueblo del Pacto en el monte Carmelo, como un solo hombre, elige de nuevo seguir al Señor y al Señor sólo, - Elías vuelve a orar enseguida para que llueva, para recibir la bendición del Pacto, de nuevo, con Deuteronomio 28 abierto delante de él-.

¡Y el Señor cierra y abre el cielo en respuesta a la oración de fe de su siervo Elías, un justo!

También nosotros podemos ser tal justo, y semejante oración espera Dios también de nosotros. Santiago añade con énfasis que "Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras." Un hombre con las mismas necesidades, preguntas, tentaciones y dudas muchas veces. Completamente sin razón han ensalzado a Elías hasta un nivel muy por encima de nuestras vidas ordinarias. No, dice Santiago, era una persona como tú y yo, un justo, alguien que ora, como nosotros podemos ser y hacer. Entonces pueden ocurrir grandes cosas; no por medio de nuestra oración, sino en respuesta a ello. Grandes cosas, porque se confiere poder a ello. Dios lo hace, pero Él espera nuestra oración. Él recurre a la oración de los justos. Las cosas no ocurren por medio y a causa de nuestras oraciones, pero tampoco sin ello. Esta relación entre nuestra oración y lo que hace Dios la vemos a lo largo de toda la Biblia. ¡El ejemplo más claro lo encontramos en el último libro de la Biblia, cuando Juan ve cómo las oraciones de los santos suben a la presencia de Dios, y cómo en respuesta a ello un ángel arroja fuego a la tierra! (Ap. 8:3 – 5).

Ya casi al final de su Epístola, se dirige Santiago una vez más con ternura pastoral a sus lectores, llamándoles "mis hermanos". ¡Y sin embargo tuvo que ser tan duro con ellos! Pero en eso se muestra el amor fraternal, cuando se les señala su error a los que se extravían en la congregación, se les muestra el camino del Señor y se intenta reconducirlos a ese camino. Así actuó Elías, que podía invocar la maldición de Dios, pero también podía orar para que Dios bendijera. Así actuó también Santiago, y así espera que sea en las relaciones mutuas en la congregación. En la Iglesia de Cristo no hay nada peor que reine allí el espíritu de Caín: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" (Gn. 4:9). Hermoso trabajo es hacer que se arrepientan los que están en error, porque así salvaremos sus almas de la muerte y cubriremos multitud de pecados (vv. 19, 20).

Por supuesto sabe Santiago que es el Señor quien lleva al extraviado al arrepentimiento, y que sus pecados solamente pueden ser cubiertos por la sangre de Cristo. Pero Santiago se expresa de esta manera para mostrar que aquí hay, igual que en la oración, una relación estrecha entre lo que hacemos nosotros y lo que Dios hace. Nosotros podemos ser, como en el perdón de pecados (v.16) y en la oración (vv. 16-18), colaboradores de Dios en hacer volver a los extraviados. Como Pablo se llama a sí mismo y a los demás apóstoles: colaboradores de Dios (1 Co. 3:9).

En sentido estricto, la persona cuya alma es salvada de la muerte puede ser también aquélla que ha hecho volver a los extraviados. *(22). Aunque es una gran verdad que fortalecemos nuestra propia fe cuando nos esforzamos activamente en salvar a otros, no parece muy probable que Santiago quiere decir esto. Aquí señala lo que es el

motivo para no desentenderse de los extraviados. Y ése no puede ser nuestro propio beneficio, sino salvar al otro del juicio severo de Dios.

5:19 – 20 FINAL ABIERTO

Aquí la Epístola llega a su final.

Santiago termina de forma algo abrupta. Un saludo y una bendición, como en las otras Epístolas del Nuevo Testamento, no le parecen necesarios, por lo visto. ¿O acaso se perdió la conclusión original? ¡Quién sabe!

Sea como sea, tenemos ante nosotros una Epístola con final abierto. Abierto hacia nosotros. Abierto hacia todos los lectores, de entonces, de ahora y de todos los tiempos. Es como si el Espíritu que la ha inspirado quisiera decir: a vosotros os toca vivir una continuación en vuestra vida. Ahora, proyecte las líneas que ha trazado Santiago aquí con tanta claridad, en su propia congregación y en su propia vida.

Santiago ha animado mucho a los creyentes que vivían bajo pruebas en la dispersión, les ha amonestado como hermanos, les ha librado del círculo cerrado de estar ocupados consigo mismos, y les ha puesto en un espacio amplio bajo el cielo abierto de Dios, con vistas al Reino de los cielos que se acerca.

Quizá, al mencionar a Elías al final de su Epístola, ha puesto de alguna manera una firma, porque ¿no tienen mucho en común Santiago y Elías?

Ambos son siervos de Dios.

Ambos luchan con el Señor por la salvación de Israel.

Ambos tienen como objetivo a "todo Israel", las doce tribus de Israel; porque Elías construye un altar de doce piedras en el monte Carmelo, según el número de las tribus de Israel (1 R. 18:31), y Santiago se dirige así a los judeo-cristianos (Stg. 1:1).

Ambos testifican de la bendición y la maldición del Pacto.

Ambos perviven en la Historia como justos que oran.

Según un relato de Hegesipo, de la segunda mitad del siglo II después de Cristo, recogido en la Historia de la Iglesia escrito por Eusebio, Santiago gozaba de gran estima entre la gente de Jerusalén, a causa de guardar la Ley. Oraba sin cesar por la conversión de Israel. Y le honraron con el sobrenombre de "el justo". Se dice que oraba tanto, que le salieron callos en las rodillas. Varios años antes de la completa destrucción de Jerusalén, Santiago fue apresado durante unas persecuciones. Le subieron al techo del templo para dirigirse al pueblo desde allí. Habló entonces del poder de su Señor y de su segunda venida en las nubes del cielo. Acto seguido le arrojaron del techo y le apedrearon. Si ocurrió así de verdad, se cumplió lo que Santiago mismo había escrito en su Epístola: "Habéis condenado y dado muerte al justo" (5:6). Santiago, como testigo de Cristo, habría terminado así su propia Epístola; el final de su vida se convirtió en el colofón de su Epístola. La firmó con su sangre.

Elías y Santiago. Sí, tienen mucho en común. También en esto, que ambos preguntan con mucha seriedad al pueblo de Dios:

"¿Hasta cuándo vacilaréis vosotros entre dos pensamientos?"

"Si Jehová es Dios, seguidle; si Baal, id en pos de él."

"¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?"

Es en ese punto en que comienza la tentación por parte del diablo, y la prueba por parte de Dios (1:2 ss.). En ese punto somos probados. Y más conforme el Día se acerca y el Juez está delante de la puerta (5:9). Hoy menos

que nunca, no nos sirve una fe muerta, una fe que no funciona; igual que un motor que no funciona no sirve para nada.

Hoy se necesita: ¡Una fe que actúa!

NOTAS

18

Señor de Sabaot: véase el comentario a los *Salmos* de editorial FELiRe, tomo I, pág. 315, 359.

Motyer (op. cit., pág. 166, 167) considera el uso del nombre de Dios, *Sabaot*, como una referencia a Isaías 5 (vv. 7, 9, 16, 24, *Jehová de los ejércitos*). Aquí Dios aparece como Juez, trayendo el juicio sobre la injusticia que encuentra; sobre todo de carácter social.

19

"El fin (en griego *telos*) del Señor", eso es: el fin que se había propuesto el Señor.

La *Biblia Textual* añade la siguiente nota: "Es decir, oísteis acerca de la recompensa que el Señor les dio al final" (Fil. 2:9 – 11; Job 42:10).

20

"La mano en el trono del Señor". La expresión viene de Éxodo 17:16, que es un texto difícil de traducir. En la *Reina Valera* se relaciona "la mano" con "Amalec", pero es mejor pensar en la mano de Moisés, en relación con Éxodo 17:11–12. Y eso era una oración.

21

G. van den Brink, op. cit. pág. 151, señala que hay dos verbos en griego que significan "ungir", a saber: *chrioo* y *aleifoo.* El primer verbo, *chrioo*, que es ungir en un contexto religioso, para un llamamiento o servicio, se emplea en Lucas 4:18, Hechos. 4:27, 10:38, 2 Corintios.1:21 y Hebreos 1:9.

Aleifoo, el ungir ordinario, corriente, se emplea entre otros en Mateo 6:17, Marcos 6:13, Lucas 7:38, 46 y también Santiago 5:14.

La explicación más sencilla de la unción de los enfermos es la médica (Is. 1:6). Junto con la oración se administra el medicamento normal, como un don de Dios.